

CENIT

sociología
ciencia-literatura



Hace 30 años tuvo lugar en varias zonas españolas una manifestación obrera de tipo subversivo. En efecto, el día 8 de enero de 1934, los trabajadores de varios sindicatos se echaron a la calle, viendo en dicha actitud la única manera de demostrar su descontento y de acabar con la injusticia. Anteriormente, apenas un año antes, el 8 de diciembre de 1933

Plácido Bravo: El desarrollo intelectual.—Francisco Pi y Margall: Revolución y libertad.—F. Alaiz en «Solla» de Sevilla.—Floreal Ocaña: La voluntad libertaria.—Eugen Relgis: De mi calendario.—Ugo Fedeli: La vida y los libros.—Herbert Read: Concepción anarquista de la sociedad.—Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca.—Puyol: Mil pesetas.—C. C.: Recorrido literario a través de Montiel Ballesteros.—Fabián Moro: Discurso del hombre libre.—A. Carsi: La flora marina.—M. C.: El universo de Alaiz.—Denis: Los tres amigos.—Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).

19 de Julio
1936



156

ENERO - FEBRERO 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

(Continuación)

tuvieron lugar sucesos parecidos en otras zonas, también, como en 1934, de influencia anarcosindicalista.

Debía haber muchos motivos para actos, que nosotros llamamos de desesperación, porque si las dos revueltas citadas se llevaban a cabo por los trabajadores de la C.N.T. exclusivamente, la que se produjo en octubre de 1934 fue realizada por la conjunción de las masas militantes de la C.N.T. y de la U.G.T.

No es, pues, la C.N.T. la que tiene la exclusiva de las revueltas en Iberia. Que esta Organización sea la que más arrojo ha demostrado en la pelea y más veces ha demostrado su arrojo, no quita que, cuando lo han creído conveniente, también la U.G.T. haya optado por la lucha abierta. El 6 de octubre de 1934 y el 19 de julio de 1936 son pruebas irrefutables.

El principio de conducta como principio queda equiparado entre ambas centrales sindicales.

Que haya coincidencia en la apreciación de las cosas y acuerdo sobre la hora, y otra vez los obreros de la U.G.T. y de la C.N.T. volverán a ir juntos.

CENIT

**REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA**

Redacción

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Hercert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Espleas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

Precios de suscripción

Francia:	
Semestre	7,00 F.
Año	14,00 F.
Número suelto	1,20 F.
Exterior:	
Semestre	8,00 F.
Año	16,00 F.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.C. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

Ayuntamiento de Madrid

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Enero-Feb. 1964

Nº 156

El desarrollo intelectual

¿Qué es la inteligencia?

¿Es un producto secretado por las células cerebrales, un fluido que irradia de la central nerviosa del transformador sensorial? ¿Es algo así como la insulina fabricada por las glándulas del páncreas, una especie de secreción biliar como la que produce la viscera hepática y que nos ayudaría a digerir lo que ingerimos por los sentidos, a calibrar y asimilar las diversas percepciones?

Sobre hipótesis tan sugestivas, pero de bases tan frágiles y experiencias tan relativas, célebres fisiólogos siquiatras y psicoanalistas pronostican de forma reservada. Cuanto más debemos serlo los iniciados novicios de nuestra categoría para no contar, pues pese a conocer algunas notas y teclas, desconocemos totalmente los secretos recelados por tal pentágrama.

Ello, no obstante, no nos impedirá lacerar algunos de los infundios más pertinaces, propalados por rollizos teólogos y filósofos obesos, en su manía de desconsiderar el cuerpo y divagar por las aleatorias regiones del alma.

Siempre nos insubordinamos contra el dualismo obtuso, remachado por algunos científicos siguiendo huellas cartesianas, intentando poner barreras entre el cuerpo y el alma mediante férreos tabiques escolásticos y punzantes alambradas míticas.

No hay linde posible en tal materia, como no hay extracción de esencia prescindiendo del alambique y de las hierbas de la floresta.

Como fantasía —pese a sus designios malévolos— aceptaríamos aquello del vuelo migratorio de las almas por las regiones estratosféricas para presentarse ante la audiencia divina en espera de un cacho de gloria, una ración de purgatorio o un rincón en el caldeado infierno. Nunca pudimos admirar, ni siquiera intuir el majestuoso vuelo de tales aves, mientras el cuerpo se pasma y agusana. Ciertamente, para ver y saber, al hombre fanatizado le basta cerrar los ojos y hacerse el sordo cuando habla la razón.

Sin embargo, racionalistas, librepensadores y hombres de ciencia siguen haciendo buen caldo

a esta aberración dualista cuando hablan separadamente del cuerpo y del alma, del organismo y del espíritu; y enseñan la oreja y se pisan el rabo los impenitentes que siguen calificando la inteligencia de sublime y divina, diabólica y satánica. Pero no seamos rigurosos ni rencorosos: ¡Es tan fuerte la costumbre y fácil el propio desliz! ¿Acaso españoles, galos y anglosajones no seguimos llamando a las tierras del confin atlántico Finisterre? Y sin embargo, todos sabemos que más allá del Atlántico hay tierra.

Del organismo sin vitalidad toda manifestación vital desaparece ipso facto, inclusive aquellas consideradas espirituales. Es tanta la interdependencia funcional del organismo que lo síquico o anímico puede originar la anemia, y hasta trastornar y perturbar la siquis más robusta y equilibrada. Paradójico; en ocasiones la tisis puede producir fenómenos de precocidad; iluminar al precursor, cantar al bardo y chispear los genios en letargo. No obstante, si se sabe de pociones, para adelgazar, aligerar el peso y reducir el volumen grasiento, pocas nociones se tienen que sirvan, para afilar la inteligencia y derretir el sebo de la ignorancia. De las que se expenden en farmacia no hablemos; mentamos las que se distribuyen en escuelas, institutos y universidades, es decir, en laboratorios y centros pedagógicos.



El filósofo positivista, circunspecto en cuanto al origen y esencia de la inteligencia, no por ello la considerará una entelequia. Categórico nos dirá que las facultades intelectuales del hombre son sus atributos supremos; sin ellos su historia no habría rebasado el lustro, es decir, que sin poder instruirnos e ilustrarnos así nos luciríamos. Son estos atributos los que permiten filtrar y condensar las percepciones sensoriales: gracias a ellos las experiencias no son de balde ni en balde; pues entre ellos está el tamiz crítico que nos permite seleccionar, y el registro de la memoria que nos hace posible el recuerdo; esto sin contar con la fertilidad imaginativa que nos permite el sueño hallando nuevos caminos, en los cuales a menudo nos perdemos, y sin los cuales estaríamos perdidos; las antenas instintivas escondidas no se sabe donde y los fenómenos inspirativos. Pero dejemos esto; entraríamos de lleno ya en el hipotético campo telepático, en el que mucho se divaga y poco se demuestra.

Sin estas facultades todo estaría aún rodeado de misterios, saturado de magia, hechizos y milagres.

La inteligencia elabora ciencia y labra nuestra conciencia.

La pedagogía-ciencia que trata del desarrollo intelectual del hombre tiende a arrollar y arrullar las inteligencias. El intelecto del niño quiere forzarse a empujones y empellones, cuando no es arteramente mecido por sonsonetos para amodorrarlo.

Tanto o más que lo que se enseña, se muestra y se demuestra, importa la manera, la perspectiva favorable.

A cuento viene la siguiente anécdota para atalayar lo antedicho.

Dícese que cierto emperador —algunos dicen que Anibal— pidió a un escultor de fama le esculpiera su busto. Como quiera que el mandamás era

tuerto y el artista realista, tuerto apareció en el pétreo relieve el monarca. Retorciéndose para contenerse, mandó a paseo al osado escultor. Encargo idéntico hizo a un segundo. Este era idealista extremado, he hizo un busto tan delicado y fino, idealizó tanto sus ojos, sus facciones todas, que ni el mismo monarca se reconocía.

Crevéndose ofendido y burlado el supuesto emperador cartaginés, despidió con cajas destempladas al atrevido artista. Concurrió, con idénticos propósitos un tercero. Muy sagaz, y aleccionado por la triste suerte de sus colegas ¿sabéis como esculpió al monarca?... De perfil. Escogiendo el lado sano. Su ingeniosidad, más que su arte, fue premiada.

Claro que esto, es esconder media verdad; doble crimen como apuntara nuestro gran Machado. No es menos cierto que una misma cosa, dicha con o sin modos, nos convencerá o nos ofenderá. Y como quiera que la inteligencia tiene estrecha relación con la sensibilidad, siempre resulta muy susceptible.

Insistimos; el guisado que se prepara a las inteligencias infantiles es indigesto. Más aún con ingredientes de erudición, con pedazos de latín y griego, lenguajes muertos. No se tiene en cuenta ni el gusto ni el estómago de cada uno. Ya se está arto de ranchos desaliñados, de pucheros colectivos, inapetentes y repulsivos.

Todos tenemos nuestra inteligencia innata. Pero para desarrollarla precisamos de estímulos. Despertad la curiosidad, el interés, el apetito de cada uno y los veréis así de voraces. Servirles los alimentos en frío y en crudo. Y luego que cada cual se los guise a su guisa. Dejad que cada quisque se trace y siga su camino.

Pero la inteligencia vale por los servicios que rinde, que no son precisamente los del Intelligence Service.

PLACIDO BRAVO

Como la derrota consume, el éxito robustece

Revolución y libertad

LA democracia, cosa rara, empieza a admitir la soberanía absoluta del hombre, su única base posible; mas rechaza aún esa «anarquía», que es una consecuencia indeclinable. Sacrifica la lógica, como los demás partidos, o ante los intereses del momento, o cuando no, considera ilegítima la consecuencia por no comprender la conservación de la sociedad sin un poder que la gobierne. Este hecho es sumamente doloroso. ¿Se reconocerá, pues, siempre mi soberanía sólo para declararla irrealizable? ¿No seré nunca soberano sino de nombre? ¿Con qué derecho combatiré entonces a los que combaten mi sistema?

Yo, que no retrocedo ante ninguna consecuencia, digo: **El hombre es soberano**, he aquí mi principio; **el poder es la negación de su soberanía**, he aquí mi justificación revolucionaria; **debo destruir este poder**, he aquí mi objeto. Sé de este modo de dónde parto y a dónde voy, y no vacilo.

¿Soy soberano?, continúo; **soy, pues, libre**. Mi soberanía no consiste sino en la autonomía de mi inteligencia: ¿Cuándo la ejerzo positivamente? Sólo cuando dejo de obedecer a toda influencia subjetiva, y arreglo a las determinaciones de la razón todos mis actos. ¿Es otra cosa mi libertad que esa independencia de mis acciones de todo motivo externo?

Mi soberanía, sigo observando, no puede tener límites, porque las ideas de soberanía y limitación son entre sí contradictorias; si mi libertad no es, por lo tanto, más que mi soberanía en ejercicio, **mi libertad no puede ser condicional; es absoluta**.

Pero yo, me replico, no vivo aislado del resto de la especie; ¿cómo he de conservar entre mis asociados la plenitud de mi libertad ni la de mi soberanía? ¿Las habré verdaderamente sacrificado en parte a los intereses colectivos? Mas lo absoluto, me contesto, es, sólo, por ser tal indivisible; sacrificios parciales de mi soberanía ni de mi libertad, no cabe siquiera concebirllos. ¿Para qué puedo, además, haberme unido con mis semejantes? Cuando esta libertad, y esta soberanía me constituyen hombre, ¿no habrá sido naturalmente para defenderlas contra todo ataque? Entre dos soberanías en lucha, reducidas a sí mismas, era posible un solo árbitro, la fuerza; la sociedad política no puede ser establecida con otro objeto que con el de impedir la violación de una de las dos soberanías o la de sus contratos, es decir, con el de remplazar la fuerza por el derecho, por las leyes de la misma razón, por la soberanía misma. Una sociedad entre hombres, es evidente que no pudo ser concebida sobre la base de la destrucción moral del hombre. **Mi libertad, por consiguiente, aun dentro de la sociedad, es incondicional, irreductible**.

¿Ha existido, sin embargo, una sola sociedad que no la haya limitado? Ninguna sociedad ha descansado hasta ahora sobre el derecho, todas han

sido a cual más anómalas y, perdóneseme la paradoja, antisociales. Han sentado sobre las ruinas de la soberanía y de la libertad de todos, las de uno, las de muchos, las de las mayorías populares; las sientan todavía. Su forma no ha alterado esencialmente su principio, y por esto **condeno aún como tiránicos y absurdos todos los sistemas de gobierno, o lo que es igual, todas las sociedades, tales como están actualmente constituidas**.

La constitución de una sociedad de seres inteligentes, y por lo mismo soberanos, prosigo; ha de, estar forzosamente basada sobre el consentimiento expreso, determinado y permanente de cada uno de sus individuos. Este consentimiento debe ser personal, porque sólo así es consentimiento; recaer de un modo exclusivo sobre las relaciones sociales, hijas de la conservación de nuestra personalidad y del cambio de productos, porque implica que recaiga sobre lo absoluto; estar constantemente abierto a las modificaciones y reformas, porque nuestra ley es progreso. Busco si es verdad esta aserción, y encuentro que sin este consentimiento la sociedad es toda fuerza, porque el derecho está en mí, y nadie sino yo puede traducir en ley mi derecho. **La sociedad, concluyo por lo tanto, o no es sociedad, o si lo es, lo es en virtud de mi consentimiento**.

Mas examino atentamente las condiciones de esta nueva sociedad y observo que para fundarla, no sólo es necesario acabar con la actual organización política, sino también con la económica; que es indispensable, no ya de reformar la nación, sino cambiar la base; que a esto se oponen infinitos intereses creados, una preocupación de siglos que nadie aún combate, una ignorancia casi completa de la forma y del fondo de ese mismo contrato individual y social que ha de substituir a la fuerza; que esta oposición, hoy por hoy, hace mi sociedad imposible. No por esto retrocedo; digo: **La constitución de una sociedad sin poder es la última de mis aspiraciones revolucionarias; en vista de este objeto final he de determinar toda clase de reformas**.

Francisco PI Y MARGALL



Hace 40 años...



F. Alaiz en «Soli» de Sevilla

FELIPE Alaiz murió, como murieron Carbó, Isaac Puente, José Villaverde y centenares de queridos militantes de la C.N.T. Unos en lucha heroica contra los sicarios de Franco, otros asesinados en las tapias trágicas de los cementerios, y otros también en las tierras tristes del exilio, pero con el pensamiento puesto en España, y la esperanza de verla algún día libre de las garras malditas del fascismo...

Al leer en las páginas de CENIT y de «Úmbral» algo sobre su magnífica obra cultural e ideológica, recuerdo días ya muy lejanos, días intensos de lucha y de emoción vividos al lado del inolvidable amigo y compañero en las tierras mártires y generosas de Andalucía...

Acude entonces a mi mente el recuerdo de los años de 1921 a 1923, y entre estos recuerdos la huelga heroica de «Río Tinto», la brutal represión de Sevilla, contra la militancia de la C.N.T., la huelga de la «Canadiense», las deportaciones a la Mola (Menorca) y la justa ejecución del fatídico Eduardo Dato, el feroz discípulo de Antonio Maura, el asesino del gran mártir del libre pensamiento, Francisco Ferrer Guardia...

Cuando el desastre de Anual y la ejecución de Dato, yo estaba desterrado en el pueblecito de Cabezas Rubias (Huelva), víctima del crimen que representaban las llamadas «Deportaciones por carretera», de la cual fueron víctimas igualmente gran número de militantes de Andalucía, entre ellos el querido Pedro Vallina...

Con la muerte de Dato y la subida al poder de Sánchez Guerra fueron restablecidas las llamadas «Garantías Constitucionales», lo que permitió el regreso de los deportados a sus puntos de origen, por cuyo motivo, ya entrado el año de 1922, volví a mi querida Sevilla dispuesto a luchar por el resurgimiento de la C.N.T.

ALAIZ EN SEVILLA

He extrañado mucho, que cuando se habla de la vida intensa de Alaiz se olvide su magnífica actuación en Andalucía en cuyas tierras dejó recuerdos inolvidables... Veamos pues.

Con la vuelta de los deportados y la libertad de los presos en 1922, surgió, como era natural, el noble deseo de poner en marcha los sindicatos, organizar las Federaciones Locales, y como cierre de oro la Regional de Andalucía y su órgano en la prensa.

Queríamos publicar un periódico que estuviera a la altura del prestigio de nuestra organización regional, y aun existiendo compañeros muy competentes para organizar su redacción alguien recordó la conveniencia de invitar para el cargo de director de «Soli» al querido Felipe Alaiz, que por razones que ignorábamos había dejado la dirección de «Solidaridad Obrera» de Valencia, que era motivo de orgullo para la militancia de Levante.

Uno de los que intervinieron para su traslado a Sevilla fue Rafael Vidiella, entonces en propaganda por Andalucía, el cual había de dejarnos más tarde, ingresando en el Partido Socialista después de difamar por la prensa a la C.N.T. para terminar en las filas del comunismo, y aún hoy, según se afirma está en Rusia al lado de la Pasionaria.

Alaiz llegó a Sevilla en compañía de su buena compañera Carmen —mi Gitanita—, como él la llamaba, y se entregó de cuerpo y alma a la labor que le habíamos confiado. Recuerdo bien, que en la reunión que tuvimos con el fin de organizar la redacción y marcar la orientación de «Soli», él nos decía con su natural sinceridad:

«Chicos, tenemos que hacer un periódico digno de nuestra Organización, para demostrar a estos señoritos de Andalucía que los trabajadores, los anarquistas, tienen cultura y capacidad para abordar todos los problemas humanos.

» Nuestra «Soli» —continuó— debe estudiar y exponer los problemas del campo, fundamentales para la existencia del pueblo andaluz, y al mismo tiempo exponer doctrinas, discutir las bases para organizar la Sociedad del porvenir, sin olvidar las luchas sindicales, las relaciones en el orden regional, nacional e internacional, y más que nada la educación del proletariado en el terreno táctico e ideológico.»

Y «Soli» de Sevilla salió a la calle causando verdadero entusiasmo en toda la región, principalmente entre los buenos y heroicos campesinos, de los cuales me dijo un día el buen Alaiz: «Pérez, estos campesinos de Andalucía, aún los que carecen de instrucción, porque sobran tabernas y faltan escuelas, tienen una

cultura social y un conocimiento tan profundo del anarquismo que causan verdadero chasco a los militantes más capacitados.

Formaron en la redacción con Alaiz, Vidieila, Amelio Quilez, Manuel Adame, Ramón Mazón, y yo que les prestaba mi concurso, ya que tenía cargo en el Ramo de la Madera.

Tenía como director una paciencia extraordinaria, principalmente con las crónicas que llegaban de los pueblos, a las cuales daba forma literaria sin tocar en absoluto en su exposición doctrinal, pero era intransigente con los vanidosos, los que apenas se preocupaban con ver su nombre en las páginas de «Soli», que para él lo fundamental era el contenido ideal.

Recuerdo, que un militante de unos de los pueblos de Sevilla envió una crónica, por cierto de poco valor ideológico, acompañada de una carta que decía: «**Cuando publiquéis mi crónica enviad 40 ejemplares de «Soli».**»

Alaiz nos leyó la carta y la crónica, después dijo al secretario de redacción: «Creo que la crónica debe ir al cesto de los papeles, y a este vanidoso le enviaremos los 40 ejemplares para darle una lección de moral.»

Otro caso muy interesante que nos emocionó a todos fue con una crónica sobre el **Anarquismo y el Problema Agrario**, enviada por un campesino de Ecija, que Alaiz leyó con el mayor interés para decirnos después:

«Como véis, esta crónica está escrita en puro estilo andaluz, que hace tan simpáticos a los campesinos de la región, carece de respeto gramatical, pero es tan bella la exposición que hace del anarquismo en la solución de los graves problemas humanos, que si le damos forma literaria perderá el valor grandioso que tiene.»

«¿Qué hacemso entonces?» pregunté yo,

«Pues publicarlo tal como está», respondió Alaiz.

Y la crónica salió en la «Soli» con este título en destaque «**Tal como viene**», sin olvidar al fin de la misma una nota de la redacción exponiendo las razones que existieron para dejar, tal como lo escribiera el buen cammpesino, aquella magistral exposición de idealismo. Era así Felipe Alaiz.

SU LABOR DE PROPAGANDA

Alaiz tenía verdadero orgullo con su libro «Quinet», verdadera joya literaria, y durante su permanencia en Sevilla escribió una pequeña novela semanal cuyo título era «Oro molido», linda también y plena de idealismo.

Acudía a los sindicatos a dar palestras casi todas las semanas, como igualmente iba a los pueblos de la provincia y al Ateneo Popular entonces existente en Sevilla, como Isaac Puente, Alaiz no era orador, pero con su gran cultura y la sencillez de sus palabras entusiasmaba al auditorio.

En Córdoba, donde fue para dar una conferencia sobre Historia y Civilización, en el famoso «Círculo de la Amistad», academia de la intelectualidad de aquella ciudad, causó verdadero asombro, a tal punto que le invitaron para una serie de palestras a lo que no accedió por su trabajo en «Soli».

Varios meses permaneció Alaiz en Sevilla, y bajo su dirección se publicaron 25 números de «Solidaridad Obrera», y en el último de ellos, con la sinceridad que le era peculiar, expuso las razones de su marcha.

Un grupito entonces muy activo en Sevilla, del cual formaban parte Adame, Pepe Díaz, Barneto, Cobeña, Delicado, Mije y varios otros, los mismos que más tarde fudaron la sección del Partido comunista de Sevilla, y cometieron después una infamia contra el Sindicato de Obreros del Puerto, uno de los más potentes de Sevilla, para formar otra con el nombre de Autónomo, iniciaron en la sombra una campaña de insidias contra la orientación que Alaiz daba al órgano regional, y entre bajar a la vulgaridad haciendo un periódico apenas demagógico o mantener lucha ingrata él prefirió dejarnos y regresar a Valencia.

Siempre mantuve relaciones con el querido Alaiz, y aun hace poco tiempo me escribía desde París manifestando su desespero al ver que la cobardía internacional permitía que España continuara bajo la opresión franquista. Y se ha ido con esa amargura, dejando en nuestros corazones un sentimiento profundo de dolor y de recuerdo.

Y al recordarle en esta crónica, evoco aquel año de 1922, cuando regresé a Sevilla de mi destierro, pero con la pena de no saber —porque 72 años pesan mucho en la existencia de un luchador—, si algún día, como en aquella época, podré aún volver a Sevilla, para luchar por la reorganización de sus sindicatos, de su regional, y de su querido órgano «Solidaridad Obrera», al lado de los que mantienen vivo el espíritu de lucha de aquella regional mártir y heroica que dio al anarquismo Sánchez Rosas, Manuel Viejo, Sebastián Oliva, Pedro Vallina y tantos otros cuyos nombres figuran en la galería de recuerdos de nuestros corazones.

Ojalá, y ello sea posible un día no muy lejano, pueda yo, como hace 40 años, escribir mis crónicas en un rinconcito de la Alameda de Hércules, que era, cuando allí estaba el querido Alaiz, punto preferido de nuestras reuniones.



POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(Continuación)

EL INDETERMINISMO Y EL SER, LA ANTIMATERIA Y LOS QUANTA. RESPUESTAS HUMANAS DEL HOMBRE

CONSIDERAMOS que la conducta humana es una actitud moral, mental y social digna o indigna del hombre ante la vida, respuesta que da, voluntaria, forzosamente, coaccionado por una necesidad, de cualquier clase, en medio de una o de varias situaciones que vive con mayor o menor contenido afectivo y vital dinámico.

Cada respuesta del individuo humano a un problema determinado puede ser acertada, relativamente hablando, contener cierta parte de error o ser completamente errónea. Pero el sujeto con conciencia moral, animado por buenas intenciones — o siendo inmoral por malas, persiguiendo objetivos opuestos — decide, casi siempre, sin desalentarse, buscar mejores respuestas. Estas, sin embargo son tan variables como él mismo de acuerdo con las situaciones vitales que va viviendo o anhelar vivir como individualidad independiente, con personalidad propia, en el hogar y en el medio social.

Ahora bien, las respuestas que el hombre va dando a cada uno de los problemas que la plantea la vida en sociedad son realmente humanas cuando no persiguen beneficiar exclusivamente a su naturaleza, a su forma transitoria de ser consciente, dilapidando bienes, perjudicando a la mayoría de sus semejantes, sino cuando benefician, en mayor o menor grado, de acuerdo con sus posibilidades, a su especie toda. Esta es, a nuestro entender, la verdad primordial, esencial e irrefutable, que precisa ser defendida y practicada porque, en definitiva, beneficiándose aquella se benefician, en general, todos los individuos humanos que la componen.

Casi obvio resulta, pues, señalar, después de lo dicho, que respuestas inhumanas o sin calidad humana, son las que dan los representantes de los sistemas autoritarios, defensores de las clases privilegiadas, parasitarias, detentadoras de las riquezas, que se oponen al triunfo de la precitada verdad, racional y humanitaria, válida para todo género humano.

De forma escueta y llana hemos expuesto qué entendemos por respuesta humana e inhumana, globalmente, sus respectivos valores cualitativos buenos y malos, positivos y negativos.

Por error o interesadamente se dice que lo considerado malo por unos sujetos, otros individuos

humanos lo consideran bueno, y que no es posible, por lo tanto, definir qué es el Bien. Pero no caben lo malintencionado, la confusión, ni el yerro: lo malo es cuanto hace mal al mayor número de nuestros semejantes, y lo bueno cuanto tiende a hacer bien a todos o a la mayoría de aquéllos. Y para obtener este óptimo resultado es preciso luchar en defensa de lo humano del hombre, de lo que le da verdadera categoría humana y la posibilidad de lograr — para él y su propia especie — la máxima felicidad y la mayor longevidad que permite su naturaleza.

Por otra parte, es del fondo más sensible de la Psiquis, de los impulsos estrictamente humanos y de los dinamismos psicológicos superiores que surgen también sorprendentes y maravillosas respuestas que aprovechan los hombres que trabajan en el campo de la ciencia pura para ampliarlo más y más. Y es de éstas que vamos a ocuparnos, en primer lugar, dejando para más adelante el hablar de otras respuestas humanas: del hombre ante la vida y ante la muerte, creyendo o no en el alma y en la inmortalidad, frente a la libido, humanizándose o deshumanizándose, devorado por aquella, como actor, en fin, positivo o negativo, influyendo en el universo social.

Cierto es que luchando por el bien general de la especie humana el sujeto haya el suyo más bien para sus propios descendientes, como asimismo es verdad, rotundamente, que a las corazonadas, a las experiencias sensibles, a las repentinas expresiones de la Psiquis, enriquecida con buena cultura, debemos gran número de nuevos conocimientos que contribuyeron y siguen contribuyendo a ampliar y a consolidar las bases fundamentales de la ciencia moderna y de la misma filosofía libertaria.

Razonemos, pues, de acuerdo con la realidad biológica y psicológica que representamos en el concierto social, universal y cósmico no dejando que inhibiciones mentales y psíquicas, negativas, tomen las riendas de la conducta y de la voluntad humana frenándola e inutilizándola, sometiéndonos a lo conocido solamente; permitamos que nuestro ser psíquico o voz interior hable sin oponerle ideas hechas y temores de todas las clases que impedirían sus revelaciones.

Téngase en cuenta lo que el raciocinio y las mismas experiencias sensibles nos enseñan con pruebas irrefutables miles de veces comprobadas: que los frios y muy meditados razonamientos realizados con la ayuda de todos los elementos conocidos por un sujeto, por sabiamente que éste los ponga en juego o los combine y alcancen los más altos niveles del razonar no pueden superar a la Psiquis, que engloba todos los afectos dinámicos,

que son determinativos, generalmente hablando, interviniendo en la solución de problemas simples y complejos de todas las clases, y en la iniciación de nuevas actividades humanas.

Las incógnitas que rodean al hombre, por doquier, son un reto al mismo y coaccionado por la necesidad de saber brotan de su ser las respuestas intuitivas afirmándose que lo psicológico supera al raciocinio en el sentido que éste no puede anticiparse a la percepción, que es la respuesta inmediata sin previa reflexión.

Más todavía : al circunscribirse el sujeto a la lógica matemática, cien por cien, decidido a no salirse de sus límites, a dar sólo validez a lo exacto y comprobable, matemáticamente hablando, reduce su potencial investigador, descubridor, su ingenio inventivo y creador. Por brillante y sobresaliente que sea su cerebro para el estudio, la investigación, el análisis y la síntesis de conceptos, ideas e hipótesis, de teorías y de hechos, su pensamiento se invalida, en gran parte, al quedar preso de los rígidos métodos científicos puros que exigen, para todas las cosas, exactitud, plena y rigurosa comprobación.

Si el científico más rigorista, amante de la ciencia pura, no se rebelara — rebelión de la Psiquis y respuesta de la dignidad humana —, más de una vez contra la encantadora rigidez del mecanismo matemático no descubriría algo de lo ignoto o inadvertido que lo descubre o advierte, en un feliz momento dado, el ser humano intuitivo-imaginativo. La explicación por medio del raciocinio, en más de un tiempo es ulterior.

Para una mayor comprensión de esta tesis comparemos y contrastemos las mentes cumbres, de alcances universales, de dos hombres de ciencia que simbolizan, a nuestro entender, relativamente hablando, los dos polos o aspectos del problema planteado : la Razón y la Psiquis o más claro y mejor dicho : predominando ésta o aquélla más en un sujeto que en otro individuo humano. Siendo inseparables en el cuerpo las desligamos convencionalmente considerando, además, que en la naturaleza humana no son opuestas ni tienen por qué estar en conflicto. Al contrario : cuando Razón y Psiquis se desarrollan libremente, con todas sus potencias, en el sujeto que bien las cultiva, surge el genio que se ignora capaz de descifrar una o más de las intrincadas incógnitas del universo.

Alberto Einstein y Enrique (Henry, gran matemático francés) Poincaré son los sabios que elegimos para realizar el contraste cualitativo entre el sentir y el razonar, entre el intuir valeroso y apasionado que enciende el entusiasmo heroico, humanístico, por noble afán de saber, de comprender, poder explicar y alcanzar un objetivo cimero en la vida universal, y el metódico, calculador y frío raciocinio del sujeto que puede estar alentado, también, por los mismos propósitos. Pero éste al carecer del espontáneo calor humano que produce el desencadenamiento de todas las energías inconscientes y conscientes psíquicas, afectivas y mentales, queda falto de audacia científica humana, de impulsos y cualidades que pierden la oportunidad

de iniciarse o de desarrollarse, de aptitudes y de aspiraciones que brotan, particularmente, de la asociación intuitivo-imaginativa. Y es que a la inmensa mayoría de nuestros semejantes, incluyendo a muchos deterministas, se les escapa que somos más emoción y palpitación de vida que cerebración.

Es sabido que tanto Einstein como Poincaré fueron genios matemáticos, pero consideramos que las obras escritas por el segundo sobre dicha materia revelan que es mejor matemático que el primero, sin que esto signifique que sea superior como hombre de ciencia.

Cierto que Poincaré contaba con más base matemática, con mayor capacidad para registrar datos y comprobar hipótesis, pero era inferior al científico y humanista Einstein en algo que éste poseía en grado superlativo : intuición e imaginación portentosas que asociadas a su entendimiento extraordinario hicieron de él uno de los genios más eminentes de la ciencia.

Newton por intuición explicó, asimismo, el problema de la fuerza de atracción que se conoce por fuerza de gravedad, de la que hablamos más abajo. De haber vivido en su tiempo lo mismo habría hecho Einstein, seguramente, al que le debemos la explicación luego por el raciocinio. Este sabio, también en un instante, intuyó y vio con la imaginación algo más complejo : el nuevo cuadro de la relatividad en el universo. Faltaba probarlo. Y su mente esclarecida, genial pronto pudo exponer y explicar sus célebres teorías de la relatividad.

A título de curiosidad, como recordatorio, y por confirmar nuestra tesis sobre la importancia de las intuiciones añadimos que la teoría de la relatividad también fue estudiada por Enrique Poincaré, por Lorentz y Maximiliano Planck, entre otros científicos, pero Alberto Einstein, por poseer un mayor caudal intuitivo y nervioso encauzado en este sentido de la investigación científica se les adelantó formulando en 1905 la teoría de la relatividad especial y once años después, en 1916, formuló la teoría de la relatividad general.

Enrique Poincaré, conspicuo exponente de la ciencia pura, metódica, extraordinario espíritu razonador, analítico y sintetizador del pensamiento matemático, pese a ser casi la esencia misma de las Matemáticas, dado su absorbente mecánico proceder en el campo científico, por sobresaliente que fuera en ese sentido del saber, salpicado de vacilantes intuiciones, que de mucho le sirvieron en sus estudios, tenía menos posibilidades de hacer descubrimientos como los hechos por Newton y Einstein, maravillosos científicos intuitivos.

Sin embargo, si alguna duda despierta algo de lo que han descubierto o inventado otros semejantes, aunque los consideremos genios no hemos de silenciarlas por profanos que seamos en la materia. Y al estar escribiendo y pensando en Einstein una duda se ha despertado en nosotros — otros quizá coincidan con el firmante — súbitamente. La exponemos en seguida. La señalamos, y al no poder dar nosotros la respuesta adecuada el anhelo de aprender nos hace pedir que la busquen y

nos la den, si cabe, los hombres de ciencia especializados en los problemas físicos-matemáticos.

Veamos: Einstein hizo posible la desintegración del átomo al descubrir, como es sabido, la verdadera esencia de la masa y de la energía. Y a él se debe la siguiente ecuación: $E = mc^2$, o sea, que la energía que puede obtenerse de un cuerpo al desintegrar sus átomos es igual al producto de la masa del cuerpo por el cuadrado de la velocidad de la luz.

Ahora bien, dudamos sobre la exactitud absoluta de la ecuación de Einstein que multiplica la masa por el cuadrado de la velocidad de la luz en momentos en que empieza a creerse posible existan movimientos más veloces en el Cosmos.

A su debido tiempo comentamos el Congreso de Astronomía que se celebró en México en 1960, al que asistieron 150 astrónomos de todo el continente americano. Y tomaron en consideración la precitada posibilidad. Se afirmó que si existieran velocidades más altas que las de la luz no permitirían ser observadas por el hombre, porque esas ondas de luz o energía emitidas, por ejemplo, por ciertas galaxias serían arrastradas. Y es posible que tal fenómeno físico esté ocurriendo y faltos los científicos, en el presente, de medios para descubrirlas carezcamos de datos que permitan obtener un mayor conocimiento del universo.

Ignoramos si por medio de la revolucionaria fórmula de Werner-Heisenberg y demás colaboradores científicos del Instituto «Max Planck», de Alemania se sabe algo al respecto y se lo callan por motivos obvios. Lo cierto es que en la ecuación de Einstein interviene el cuadrado de la velocidad de la luz. Bien que no varíe lo fundamental: que la masa es igual a la energía, pero si existieran velocidades superiores a la de la luz ¿sería exacta la ecuación de Einstein? Opinamos que no. Pero si va adquiriendo más valor el principio del indeterminismo aplicado a todos los estudios e investigaciones que se hacen sobre el movimiento de la materia cósmica.

Hablando sobre respuestas dadas por hombres de ciencia que van explicando lo que fueron enigmas del universo no podemos pasar por alto lo que casi acaba de darse confirmando la Teoría de los Quanta que formuló Max Planck en 1900. Y bien saben los deterministas que se debió, en particular a una genial intuición del precitado sabio alemán.

EN el número 128 de CENIT, aparecido en agosto de 1961, sólo hicimos una alusión a la misma. Decimos en la segunda columna de la página 3452: «Nuestra impreparación científica nos impide profundizar en la teoría cuántica, en el indeterminismo y hasta en la ley llamada de causalidad. Confesamos nuestra ignorancia: no podemos defender el principio del indeterminismo desde el punto de vista físico y matemático. Pero ¿quién es capaz de atacarlo y negarlo científicamente?».

No hemos obtenido respuesta. Sólo los científicos investigan., al margen de las pasiones, con serenidad, en busca de la verdad. Pero un viejo contradictor, en vista que confesamos ignorar tan-

to en el terreno científico creyó, al parecer, que nada podíamos decir sobre el cuántum y pretendió utilizar la Teoría de los Quanta en beneficio de su particular posición determinista. Y después de más de dos años de haber escrito nosotros lo precitado en el número de una valiosa revista que aparece en México, el contradictor transcribe y comenta, caprichosa y gratuitamente, un artículo sobre dicha teoría debido a la pluma del Doctor F. K. (?).

En el mismo escrito se publica lo esencial que De Broglie escribió cuarenta años después de ser formulada aquella. Hace, pues, casi un cuarto de siglo que este escritor lo publicó sin haber podido, por consiguiente, añadir algo nuevo a lo sabido desde 1900 como defensor de la Teoría de los Quanta frente a los científicos que la rechazaban.

Nada de malo tiene que nuestro «contradictor» comente lo conocido sobre los quanta desde el último año del siglo XIX. Si es erróneo no tenga en cuenta el principio del indeterminismo y la fórmula de Werner Heisenberg, Premio Nobel de Física, premio que también recibió Wolfgang Pauli en 1945 que colaboró, últimamente, con el primero en la formulación de la ecuación del universo unificado. Nos habla del determinismo como en el pasado, como si el tiempo no transcurriera, sin recordar que todo se va superando, que la misma técnica de la radioastronomía solar, por ejemplo, que tanto ayuda en el presente a determinar la estructura de la atmósfera y al conocimiento de la estrella que sostiene la vida de las especies biológicas en la tierra apenas hace veinte años que apareció como ciencia.

Sobre la teoría cuántica bien está repetir, por ser oportuno —como veremos más adelante ignorándolo quizá nuestro «contradictor»—, lo que sábase desde hace sesenta y tres años, pero añadiendo los conocimientos que la comprobaron en 1962 y que, según nosotros, confirman el principio de indeterminación. Démosle sólo el valor propio que tiene: Como hallazgo científico, hoy comprobable, que no establece, por sí mismo, ley alguna de la naturaleza a la que se le deba la existencia misma del Cosmos, como afirma, tan atrevidamente, el contradictor.

Con nuestros escritos intentamos deshacer errores y defender lo que consideramos verdadero: clarificar y comprobar para favorecer el desarrollo de la buena cultura en el terreno humano. ¿Por qué, entonces, quienes menos debieran hacerlo, tergiversan o falsean nuestros conceptos o bien lo hacen cuando creen que estamos ayunos de ciertos conocimientos e incapacitados para replicarles? ¿Qué clase de superioridad o de inferioridad pretenden poner en evidencia? Preferimos no ahondar más el respecto.

Si en nuestro artículo de CENIT nos reducimos a mencionar la Teoría de los Quanta como se atreve el «contradictor» a decir: «No se puede dejar de apuntar que hay quienes creen ver una incompatibilidad entre las teorías einstenianas y el descubrimiento de Planck, y ello no es cierto.» Juzguen los mismos lectores al leer lo que dijimos, realmente, transcrito más arriba, donde ha-

ce mos constar nuestra «impreparación científica», y lo que dicen las líneas que acabamos de reproducir de nuestro «contradictor». Al manifestar éste que «no puede dejar de apuntar —con tal mala puntería— nosotros tampoco podemos dejar de señalar lo falso de lo apuntado. Jamás escribimos nada parecido, a lo que nos imputa, hablando sobre Einstein y Heisenberg. Este contribuyó tanto en la elaboración de la teoría ondulatoria como en la teoría matemática de los **quanta**, sin dejar de ser **indeterminista** consecuente. Por lo tanto no puede atribuirsele que «crea incompatibles las teorías einstenianas y el descubrimiento de Planck, y menos a nosotros.

Hemos mencionado la colaboración de Heisenberg «en la teoría matemática de los **quanta**», porque es como la formuló Planck, pero sepa el «contradictor» que faltaba comprobarla. Recuerde, por ejemplo, que el matemático y astrónomo Halley «predijo» que, según sus cálculos, a los setenta y siete años volvería a verse el cometa que lleva su nombre, que lo descubrió en 1682, y no se admitió su teoría matemática hasta comprobarse en 1759. Más difícil era comprobar la **Teoría de los Quanta**. Pasaron décadas sin encontrar el **quanto**, la partícula de materia que la confirmara.

Lo poquísimo que el «contradictor» dice —que lo repite desde hace decenios— en favor del viejo **determinismo-mecanicista** está contestado, de cien y más formas, en los escritos que publicamos, semanalmente, en la querida «Solidaridad Obrera» de París, desde fines de junio a noviembre de 1961, hablando sobre la vida en el Cosmos, y durante varios meses en números de CENIT. Por nuestra parte, a los mismos nos atenemos, porque no queremos pasar el tiempo dando «vueltas a la noria» como aquél hace. Volviendo atrás, como pretende llevarnos nuestro «contradictor», dejaríamos por hacer algo de lo mucho que tenemos delante. Ya lo llevaremos tras la pista del **quanto**, y comprobará cuán despitado anda al respecto, por ser aquél una infinitesimal partícula de materia, pequeñísima parte de ésta a la que le debe su existencia, y no que «sin el **quanto** no habría materia», como él dice.

Cuando una persona cualquiera pretende que la ciencia se ponga al servicio de sus ideas particulares, aunque no coincida con éstas ni pueda servirle de base para sostener sus errores, se obceca y comete terribles y lamentables desatinos. Ved al contradictor escribir yendo más allá que Planck, que Einstein, que Heisenberg, etc., lo siguiente: «Sin el **quanto** no habría luz ni materia; el Cosmos sería diferente... Y añade que «el **quanto** puede casi considerarse como el último elemento de todos los acontecimientos del Universo».

En qué quedamos : ¿Es que acaso la luz no es también materia o energía? Además en las líneas anteriores dice «que todos los fenómenos del mundo físico no son más que intercambios de energía.» Y en esto sí que estamos de acuerdo, pero contradice lo esencial de su artículo : esos son los fenómenos o procesos físico-químicos, indeterminados

que, en verdad, ocurren en el Cosmos, y los **quanta** no se formarían sin la existencia de aquél : es decir, que no se comprende la existencia de los **quanta** sin ser el Cosmos como es, y sin poder hacerlo diferente como nada puede hacer el ser humano concebido para ser distinto a la herencia biológica aunque más tarde, al ser consciente y adquirir conciencia moral puede mejorarla gracias a sus potencias psíquicas y mentales que no están al alcance de los **quante**.

Por otra parte nuestro contradictor parece ignorar, o prefiere no tenerlo en cuenta, que el elemento Laurencio se ha descubierto setenta y un años después que se formuló la Teoría de los Quanta. Los científicos lo descubrieron el 14 de febrero de 1961 y la prensa lo hizo público el 13 de abril, es decir, dos meses después, manifestando que «lograron aislar un nuevo elemento que se cree desapareció durante los primeros tiempos del Universo.

He aquí unas pocas líneas de la información científica que comentamos en «Soli» de París en el precitado año : «Este descubrimiento permitirá verificar —y no el **quanto**, añadimos nosotros— la teoría de Seaborg sobre el orden cronológico de la aparición de los productos químicos en el Universo.»

«Los elementos 104 —se refiere al Laurencio— y siguientes son, de acuerdo con esta teoría, los que formaron el universo antes de la aparición de los elementos conocidos actualmente, y sus propiedades son, por consiguiente, distintas.»

«El descubrimiento del Laurencio, quizá el último elemento de las especies conocidas, puede iniciar una nueva etapa en el estudio del origen del Universo.»

Este y otros descubrimientos científicos al comentarlos entonces, entre otras cosas decimos : «Ignoramos si tendrá o no utilidad práctica el elemento 104 y los elementos que se seguirán descubriendo. Lo que no creemos es en la «aparición de productos químicos que formaron el Universo, de elementos que podemos ya afirmar que existieron siempre aumentando y disminuyendo sus potencias de acuerdo con combinaciones equis determinadas. El elemento débil hoy puede aumentar su potencia mañana, como fue potente en un ayer lejano que el hombre no ha podido estudiar y calcular.»

FLOREAL OCANA

(Continuará)

No es justo identificar los fines del fascismo y del comunismo ruso. El primero constituye la exaltación del verdugo por el verdugo mismo. El segundo, más dramático, la exaltación del verdugo por sus víctimas.

A. CAMUS

DE MI CALENDARIO

12 de Abril

¿Cómo habían desaparecido los grandes saurios —esos horrendos gigantes de la naturaleza— en los primeros tiempos de irrefrenada exuberancia vegetal y animal de la vida? Según algunos biólogos, la ley del gigantismo, eso es, la tendencia de crecimiento desmesurado, conduce inevitablemente a la brusca desaparición de los seres supranormales, que destruyen ellos mismos, por su voracidad insaciable, los medios de subsistencia. Así se restablece el «equilibrio vital» en la naturaleza. El biólogo americano Cope ha emitido otra hipótesis: la desaparición de los grandes saurios jurásicos se debería a los pequeños mamíferos. Estos, no pudiéndolos atacar de frente, habrían destruido los huevos de los enormes ovíparos.

Eso nos recuerda un episodio humano, más o menos histórico, de David que ha derrotado al gigante Goliath con la piedrecita lanzada por su honda. Entre la fuerza ciega, por inmensa que fuera, y la fuerza dirigida por la inteligencia, vence siempre esta última. Los pequeños mamíferos que destrozaban con sus dientes los huevos de los saurios son los verdaderos precursores de los monos, los antropoides de los hombres cuya primera arma en la «lucha por la existencia» ha sido y es el «progreso cerebral». Es decir, el desarrollo de la inteligencia, de la razón, de la fuerza espiritual. Napoleón, uno de los «saurios» de la historia moderna, estaba asombrado por la impotencia de la fuerza bruta para organizar algo. La guerra más organizada, llegada a la cumbre de su perfección técnica, termina con la caída en el abismo de la destrucción y de la muerte. Las bombas atómicas, termonucleares, etc. llevan a la guerra a su propia desaparición, ya que no hay más límites a sobrepasar: no hay ni vencedores ni vencidos, sino la destrucción total, la nada. El instinto vital, de conservación, refrena la fuerza bruta con la potencia del intelecto. Y «en la lucha que rige entre el sable y el espíritu —ya lo dijo Napoleón mismo— vence siempre el espíritu».

11 de Abril

«La idea es una simiente de este mundo, que fructifica en el otro, que la visión procedente del otro mundo no aporta absolutamente nada de nuevo».

Esta frase, cuya primera parte puede ser interpretada de un modo positivo por los idealistas (o los espiritualistas) mientras que la segunda parte conviene, desde luego, a los realistas (o los materialistas), es de Rudolf Steiner en «Los dos caminos» (Ed. Kier, Buenos Aires, 1938). Sobre el teórico y animador de la Antroposofía he escrito algu-

nas páginas en «El Humanitarismo», analizando una de sus obras más «realistas» consagrada a los problemas sociales. Su influencia, más evidente después de la Primera Guerra Mundial, en su escuela de Waldorff y mantenida después de su muerte (1927) por discípulos fieles, perdura hoy todavía de una manera difusa en las corrientes ideológicas que defienden la «primacía del espíritu».

Rudolf Steiner no ignoraba, empero, la correlación física entre el cerebro y el pensamiento, igual que Jorge Federico Nicolai en su «Psicogénesis». Decía, por ejemplo, que la acción del pensamiento, tiende a simplificar las circunvoluciones cerebrales. Estas son más lisas en los grandes pensadores, mientras que en un hombre que no piensa son muy complicadas. Pese a esta diferencia estructural, Steiner afirmaba que hubo un tiempo en que todos los seres humanos eran clarividentes. Y a la pregunta: ¿Por qué la gran mayoría ha perdido la memoria de sus vidas pasadas? contestó: «Porque la mayoría no había pensado sus propias visiones... Porque en los tiempos antiguos el hombre no cultivó paralelamente con esa clarividencia las fuerzas del yo, de la personalidad». Lo esencial «no es ver, sino poseer el poder interno necesario para asimilar lo que se ve».

Eso quiere decir que el pensamiento también es una fuerza de la naturaleza misma; y que «asimilar lo que se ve» no es más que el ejercicio de la energía creadora, vuelta consciente mediante el cerebro y aplicada en el medio ambiente. Materia y espíritu son, pues, manifestaciones y formas— de infinitos grados y matices— de la misma energía que perdura en el cosmos y en la sucesión de sus seres más o menos evolucionados, microscópicos o «claravidentes».

7 de Diciembre

Acto de recordación del poeta Julio J. Casal, junto al árbol que lleva su nombre, en la Quinta Morales, frente al Museo municipal Juan M. Blanes. En este parque, uno de los pocos todavía intactos, en la capital Uruguaya invadida por el urbanismo moderno, un magnífico cedro de Líbano nos cubría con su sombra en la tarde de verano opulento. Los asistentes, casi todos poetas y sus familiares. Y los tres hijos de Casal, poetas también. Un poeta ha evocado al animador del grupo y la revista «Alfar», otro hizo una breve exégesis de su poema «Plegaria». Diez más se sucedieron: Carlos Sabat Erceasty, Humberto Zarrilli, Manuel de Astro, Uruguay González Poggi, Cipriano Vitureira, Generoso Medina, Casravilla Lemos, Mitreya Dotti, Juvenal Ortiz Saralegui, Vicente Basso Maglio, Alfredo Mario Ferreiro (los tres últimos

fallecidos, ellos también, poco después). Al lado del sencillo monolito, han leído su poesía que, más que de circunstancia, reflejaba lo mejor, lo más lucido de cada uno en el umbral del «más allá».

Cerca del otro lago de las rejas del parque, el estruendo de la calle, con sus autobuses atestados y los relucientes coches de los turistas dominigueros, no podía perturbar el recogimiento de los fieles servidores de los sueños y de los ideales. Apenas uno que otro paseante se detenía por algunos momentos, para contemplar la extraña ceremonia susurrante de cadencias e imágenes. Pero la primera y la última palabra la tuvo el recordado vate, con sus versos grabados en la piedra grisácea:

Cuando acaso regreses
Al último viaje
De acogedora tierra,
Me encontrarás al fin
En un temblor de hoja
Que mecera tu sueño....

..

10 de Abril

Esta carta de A. V., un paisano mío extraviado en Río Janeiro después de haber abandonado París, donde había practicado abogacía durante muchos años, lleva el sello de Belem, Estado de Pará. Acompañaba, como «intermediario», a algunos norteamericanos, negociantes en maderas.

«Hoy recibí tu carta —le contesté— tan arrugada y pegada por fuera y por dentro, que apenas pude sacarla, desmenuzando el sobre y sacrificando así algunos párrafos. Supongo que esa es tu costumbre, para asegurar de este modo el... secreto de la correspondencia. O, quizás, alguien la había abierto, buscando «valores» como sucede a menudo con cartas de México, de Venezuela y, sobre todo de Estados Unidos. Pero tus impresiones garabateadas a la sombra de la selva del Amazonas me han conmovido. Más aún: me han puesto inquieto, porque sospecho qué trastornos provocan en ti estas grandes tensiones físicas (yo diría: aventuras)

después de haber roto bruscamente con la cultura refinada, con la magia de la supercivilización parisiense. En verdad, hace falta un firme dominio de sí mismo, para poder resistir y aun superar esta doble fiebre: la de la selva, llena de misterios y peligros, y la de los negocios, llenos también de riesgos y astucias. Espero que saldrás a salvo —*sain et sauf*— de estas pruebas agotadoras. Y que volverás a encontrar el equilibrio del alma y la mente, para trabajos más placenteros, aunque muy poco «rentables» (como los míos, por supuesto...).

«Sí, sería una honda alegría si pudiéramos encontrarnos aquí, los próximos meses de primavera o verano. Dice mi esposa que Montevideo, con sus playas, y los balnearios a lo largo del litoral, constituyen un refugio neutral —de paz y descanso— entre la pampa argentina y la selva brasileña. Vale decir, que aquí es un lugar más conveniente para los intelectuales europeos que no quieren o no pueden «hacerse la América». Yo agrego: un lugar donde uno tiene todas las libertades —sociales y políticas, culturales y espirituales— pero no también la posibilidad de vivir por (y con) su trabajo intelectual. Eso es otro cuento, largo, penoso, y no quiero desengañarte. He expresado ya en algunas páginas de mi Calendario lo que es arriesgado decir —sin preámbulo— a uno que está vagando por el inconmensurable «océano verde» en compañía de algunos yanquis pletóricos de arrogancia y repletos de dólares.

Eugen RELGIS



EL AMOR Y EL HUMOR

Una clienta remueve los libros y al momento designa uno :

- ¿Es bonita esta novela?
- Oh, sí, responde el librero un poco titubeante.
- Ah, replica la mujer, lo ha dicho usted un poco frío. ¿No me aconseja leerlo?
- Oh, sí, pero... es un poco triste.
- ¿Por qué? ¿Termina mal?
- Oh, sí, ella muere, y él vuelve con su mujer.

LA VIDA Y LOS LIBROS

UN HIMNO A LA LIBERTAD: THYL ULENSPIEGEL

La violencia no ha podido nunca impedir al pensamiento rebelde exponer una verdad y proclamar la libertad. Siempre que en el curso de la historia humana se ha propuesto la fuerza bruta y liberticida ahogar la libre manifestación del pensamiento, éste ha encontrado nueva forma para mejor convertirse en sangre fecunda del pueblo. Y cuando para mejor frustrarle en el cerebro de muchos pensadores resolvió decapitar a éstos, o cuando creyó poder ahogarlo en los labios de sus expositores ahorcándolos, el pensamiento no cesó nunca de vivir, no cesa en su acción revolucionaria y emerge más demoledor que nunca. Algunas veces buscará formas indirectas de expresión, no por indirectas menos eficaces, y conseguirá, más o menos tarde, romper las cadenas de la tiranía.

Este su esfuerzo para permanecer vivo y fecundo lo veremos muy claramente en algunas obras maestras de la literatura mundial que, perdurando a través de las reacciones despóticas, llegaron hasta nosotros para fecundarnos con sus enseñanzas. Ejemplo de ello es la obra de Rabelais, gran pensador que podemos situar entre los precursores del pensamiento libertario, y la de Carlo de Coster (1827-1879), autor de una obra verdaderamente maestra, su « Leyenda y aventuras de Thyl Ulenspiegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes », verdadero poema en prosa lleno de amores, de aspiraciones a la libertad y a la justicia y de rebelión contra todos los tiranos.

De Coster ha querido crear con el protagonista de esta obra, Thyl, la antítesis de Felipe II; oponer la alegría y la libertad a la tiranía y a la miseria. De ahí que el hijo del carbonario sea sereno, abierto, sincero bueno, mientras que tétrico, taciturno, y cruel el Absburgo español. Y mientras que el raterillo de Lamme crece en medio de la alegre malicia, el hijo de Carlos V vegetará en la melancolía. El primero amará la luz y la libertad; el segundo preferirá las tinieblas, exaltándolas, como el Franco de hoy, cual emblema de hosca tiranía.

En una página verdaderamente maestra, en la que se encontrará la síntesis y la esencia de su obra, De Coster describe el nacimiento de dos niños: el que será un tirano feroz y el futuro hombre libre, el rebelde a toda tiranía:

« Dos niños han nacido, uno en España, que es el infante Felipe, y el otro en el país de Flandes, hijo de Claes, que será llamado un día Ulenspiegel. Engendrado por Carlos V, Felipe se convertirá en verdugo de nuestro país. Ulenspiegel será gran doctor en burlas alegres y locuras juveniles, pero tendrá buen corazón y por padre a Claes, ilustre peón de albañil que sabe ganar el pan con bravura y honestidad. Carlos emperador y Felipe rey sem-

brarán el mal con batallas, vejaciones y otros crímenes. Claes, trabajador cotidiano, vivirá de acuerdo con la justicia, en el respeto a la ley, riendo siempre en vez de quejarse por la ruda fatiga. Será modelo de la Flandes laboriosa. Ulenspiegel, siempre joven, inmortal, recorrerá el mundo sin detenerse en ninguna parte. Y será a un tiempo campesino, noble, pintor, escultor. Y andará por el mundo loando la bondad y belleza, y burlándose a sus anchas de la estupidez humana. Claes es tu coraje, noble pueblo de Flandes. Soerkin es tu valerosa madre. Ulenspiegel es tu espíritu. Una preciosa cuan gentil rapaza, compañera de Ulenspiegel, e inmortal como él, será tu corazón. Y el obeso Lamme Goedzak será tu estómago. En las alturas están los devoradores de pueblos; abajo las víctimas; arriba los zánganos; debajo las laboriosas abejas. »

¿Pero qué es y qué significa Ulenspiegel? El espíritu de libertad levantándose contra la tiranía.

En las narraciones de la Edad Media, aparece, medio auténtico y medio legendario, un tipo de vagabundo germano que se burla de todo, que no transige con ninguna autoridad. Es conocido por Thyl Ulenspiegel (espejo del espíritu popular insumiso a la autoridad).

Nace De Coster, como su simpático protagonista, en Mónaco de Baviera, en agosto de 1827. Sus padres son belgas y muy religiosos, y hubieran querido encauzar al hijo por los senderos eclesiásticos. Estas esperanzas no fueron de larga duración. Pronto se convencieron los padres de que el espíritu inquieto del hijo, nada afecta a la religión, su amor a la libertad y a la justicia, no podían hacer de él un buen cura. Libre y batallador, se siente éste atraído por la causa contra la miseria y el sufrimiento.

Con su libro « La leyenda de Ulenspiegel », De Coster ha querido entonar un himno a la vida y a los combatientes por la libertad: « Hijo mío, no prives nunca a ninguna criatura, sea hombre o bestia, de la libertad, que es el más grande bien de este mundo. Deja que busque el sol quien tiene frío y la sombra quien sienta calor. »

El bien de la libertad es el bien supremo. Thyl lo ha aprendido de pequeño como todo niño debiera aprenderlo:

« Un día de clara y fresca primavera, cuando la tierra es todo amor, Soerkin discurría cerca de la ventana y Claes canturreaba cualquier « ritornello ». El pequeño Thyl divertíase cubriendo la cabeza de su perro con un birrete de juez. El can agitaba la pata como queriendo expresar cualquier juicio, pero realmente para desembarazarse de aquel objeto fastidioso. Súbitamente, Thyl cierra la ventana y empieza a corcovear por la estancia, ora saltando sobre una silla, ora sobre la mesa, extendiendo ahora los brazos hacia el artesonado. Soerkin y Claes se dan pronto cuenta de las inten-

ciones de Thyl, que no son otras que atrapar un pajarillo, quien trémulas las alas, templando de miedo, yace arrinconado en un ángulo del artesón. Thyl quiere atraparle a toda costa cuando Claes le reprende con viveza.

— ¿Por qué saltas así?

— Para cogerlo, meterlo en jaula, alimentarlo con grano y hacerle cantar para mí.

Entretanto el pájaro revoloteaba por la estancia chocando con su débil cabecita contra los vidrios de la ventana. Y como Thyl no cesaba de dar saltos, Claes le puso pesadamente una mano sobre la espalda :

— Préndelo, mételo en jaula y hazlo cantar para ti. Y yo también te encerraré entre barrotes de hierro y te obligaré a cantar. Te gusta correr y no podrás hacerlo. Estarás a la sombra cuando haga frío y al sol cuando haga calor. Después, un domingo, saldremos de casa olvidándonos de darte de comer y estaremos ausentes hasta el jueves. De regreso encontraremos a Thyl muerto de hambre y ya seco.

Soerkin, la madre, lloraba. Thyl, conmovido, bajó de la mesa.

— ¿Qué haces?

— Abrir la ventana para que vuele el pájaro.

El verderol lanzóse como una flecha hacia el

espacio libre. Posóse sobre un penal y, desde allí, con su idioma de pájaro, lanzó mil invectivas contra el pequeño Thyl. »

Es este un pequeño episodio que se pierde en el vasto mar de episodios de esta gran obra. En éste, Thyl aprende de sus padres. Es un grano de sal de que tan sazónada se halla toda la obra del gran escritor belga, obra inspirada en el más puro espíritu libertario.

Aunque la lucha que llevan a cabo los protagonistas es sangrienta y abundan las hogueras, no es éste un libro tétrico y deprimente. Todo lo contrario, abre el corazón y la mente a la esperanza y la tristeza de los hombres hacen más humanas estas páginas en que se cantan las luchas del pensamiento libre del pueblo de Flandes, un pueblo que no quiere ser atropellado, dispuesto a defender las viejas libertades y a combatir por otras nuevas. Un pueblo erguido contra el tirano Felipe II y su representante en nefandas proezas : el duque de Alba. Actualmente, estos nombres podrían ser muy bien sustituidos por otros nombres y la substancia del libro permanecería invariable.

Es el libro de todos los héroes que se levantan en todos los siglos y en todos los países por la libertad de todos.

UGO FEDELI



GUERRA DE EDADES

Tkachev, discípulo de Nechaiev y maestro de Lenin, propuso de suprimir todos los rusos que tuviesen más de 25 años.

CAMUS (« El hombre rebelde »)

CONCEPCION ANARQUISTA DE LA SOCIEDAD

El error de todo pensamiento político desde Aristóteles hasta Rousseau, ha sido debido al uso del concepto abstracto **hombre**. Sus sistemas dan por sentado la sustancial uniformidad de esta criatura de su imaginación, y lo que actualmente proponen son varias formas de autoridad para forzar al hombre a una uniformidad.

Pero el anarquista reconoce la individualidad de la persona y sólo cede a la organización en el grado en que la persona precisa de simpatía y ayuda mútua entre sus semejantes. En realidad el anarquista, por lo tanto, reemplaza el contrato **social** por el contrato **funcional**, y la validez del contrato sólo se extiende hasta el cumplimiento de una función específica.

Los políticos unitarios conciben la sociedad como un equilibrio o armonía entre grupos, y la mayoría de nosotros pertenecemos a uno o más de tales grupos. La sola dificultad estriba en su interrelación armónica.

Pero, ¿es esto tan difícil? Ciertamente es que las organizaciones de los trabajadores se enemistan algunas veces entre ellas, pero analizad esas enemistades y encontraréis que en uno y otro caso proceden de causas ajenas a la función de las organizaciones (tales como sus distintas concepciones del lugar que deben ocupar en una sociedad no-funcional, capitalista), o a rivalidades personales, que son reflejo de la lucha por sobrevivir en un mundo capitalista. Tales diferencias de propósitos nada tiene que ver con el principio de organización voluntaria y son en verdad eliminados por este concepto. En general, las organizaciones de trabajadores pueden ponerse bastante bien de acuerdo, incluso en una sociedad capitalista, a pesar de todas las instigaciones a la rivalidad y a la agresividad... Si saliéndonos de nuestro tiempo tomamos la Edad Media, por ejemplo, encontramos que la organización funcional de la probaba como enteramente posible, y su gradual por el resurgimiento del capitalismo. Otros períodos y otras formas de sociedad, como ha señalado Kropotkin, confirman de lleno la posibilidad de una interrelación armónica de los grupos funcionales.

Admitiendo, puede decirse, que podamos transformar todas las funciones económicas del Estado en tal sentido, ¿qué ocurriría con otras funciones: la administración de las leyes contra el crimen, las relaciones con países extranjeros no evolucionados a ese mismo nivel social, la educación, etc.?

Para esta pregunta el anarquista tiene dos respuestas. En primer lugar replica que la mayor parte de esas actividades no funcionales son efectos incidentales de un estado no funcional —el cri-

men, por ejemplo— es en más grande aspecto una reacción contra la institución de la propiedad privada, y las relaciones exteriores tienen origen y motivación en su mayor parte como ciertos aspectos de leyes comunes, la educación de los niños, la moral pública, que pueden estar al margen de las organizaciones funcionales. Y replica que hay aspectos de sentido común, solucionables si se toma por referencia el innato buen deseo de la comunidad. Pero la comunidad, para este propósito, no tiene que ser necesariamente algo tan impersonal y grandioso como un Estado. De hecho la comunidad será efectiva en relación inversa a su tamaño. La comunidad más afectiva es la más pequeña: la familia. Más allá de la familia está el barrio, la local asociación de los hombres en moradas contiguas. Tales asociaciones locales pueden formar su municipio y estos municipios son suficientes para administrar una ley común basada en el sentido común. Las pequeñas cortes de justicia de la Edad Media, por ejemplo, intervenían exclusivamente en todos los crímenes y fechorías, salvo en aquellos cometidos contra las entidades artificiales del Estado y la Iglesia.

En este sentido el anarquismo implica una des-centralización universal de la autoridad, y una simplificación universal de la vida. Entidades tan inhumanas como las ciudades modernas desaparecerán. Pero el anarquismo no implica necesariamente una reversión de los oficios y del saneamiento público. No existe ninguna contradicción entre transporte aéreo, anarquismo y división del trabajo, anarquismo y eficiencia industrial. Puesto que los grupos funcionales trabajarán en provecho mutuo, y no en provecho de otras gentes ni para la destrucción mutua, la medida de la eficiencia será el anhelo de una vida integral.

Herbert READ

DEFINICIONES :

- Cuando un hombre habla solo, se dice que es un monólogo.

Caundo dos mujeres hablan, es un catálogo.
J. STEINBECK

★

- El tacto consiste en saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos.

J. COCTEAU

★

- La imaginación es una persona que se arrima a las mujeres cuando el marido se va a rondar.

M. D.

Dos conferencias en Casablanca

por Muñoz Congost

(Continuación)

Si tras del final de ese régimen que combatimos, no hiciéramos tabla rasa de todas las instituciones creadas por el mismo, dejaríamos vivir en nuestro seno, el microbio destructor, la lacra perniciosa, el punto de partida de futuras infecciones.

Es posible que aquellos jóvenes que nos escuchen o que sepan que esta es nuestra opinión, en lo que al fin del régimen se refiere, se lleven las manos a la cabeza diciéndose: «ciertos eran nuestros temores», sin Franco iremos de nuevo a la debacle, al desorden, a la revolución violenta.

Ni desorden por desorden, ni violencias por violencias. Se impone la reflexión y el sano juicio. No somos partidarios de imponer a nuestro sacrificado pueblo del que somos entraña y carne, años de sacrificio, dolores y cruenta guerra civil. Muy al contrario nuestros esfuerzos tienden a buscar periodos de normalidad, con garantías de continuidad. Expliquémosnos pues, para dar mayor claridad a lo que puede parecerles un contrasentido sin serlo.

Modelo de soluciones incruentas, como la ahora preconizada, con ese pretendido régimen de transición que habíamos de comprometernos a respetar, fue esa República que el 14 de Abril de 1931 se proclamara después de las elecciones municipales y de la abdicación de Alfonso XIII.

La alegría de las masas populares, el gozo del triunfo fácilmente logrado, ahogó en el estampido de los fuegos artificiales, de las fiestas de la proclamación, todas las inquietudes, todos los resquemores, todas las precauciones.

Puestos los destinos del país en manos de ateístas, intelectuales, políticos de mitin y opereta, conjunto de incapacidades sin más visión que la de unas ilusorias realizaciones modestísimas que nos dejaban a la zaga de la vida social de otros pueblos, se dejaron vivir en el seno de la vida política a todos los pilares del régimen desaparecido.

Un ex-ministro de Alfonso XIII, se vió elevado a la presidencia efectiva de la República, aun sabiéndole sometido a los consejos del confesionario. Tristes figuras de los años de la dictadura, siguieron en la palestra con sus antiguas etiquetas y sin haberles exigido responsabilidades. Siguió el ejército encuadrado en una oficialidad que hizo de los cuartos de banderas y casinos militares centros de conspiración, nombres de triste recuerdo, se encontraron a la cabeza del país. Teníamos la República, una republiquita modosa y tímida, que no se atrevió nunca a enfrentarse con sus enemigos y que celosa defensora de los privilegios de siempre, no acertaba a realizar el imposi-

ble concierto entre las ansias de la inmensa mayoría del pueblo español, y los turbios intereses de las manadas voraces de los eternos aprovechadores.

Y aun sin realizaciones sociales, con sus características pobres de república burguesa, que no hería más que los intereses de las clases populares, atreviose a separar la Iglesia del Estado rompiendo el Concordato pasado con el Vaticano, osó poner en decoroso retiro algunas figuras militares y... legisló una tímida Reforma Agraria...

Y esas simples medidas, fueron suficiente para que el enemigo infiltrado en los rodajes del Estado, comenzase a tomar las medidas para la total recuperación del Poder.

Y fue desde el mismo ministerio de la Guerra, en manos de Gil Robles, el hombre que vuelve a tomar relieve de figura del futuro español, desde donde se fraguó la conspiración, fortificando el Guadarrama. Y fue la alta oficialidad española, la que preparó los contactos con Alemania e Italia.

Y Franco que fue el autor de tales medidas seguía con sus prerrogativas y Queipo de llano grotesco segundo, era el hombre de confianza de la República, cuando llegó el estallido de la rebelión.

Y se permitió y legalizó la existencia de las organizaciones Fascistas, Falange, las Jons, etc.etc...

Y el hombre que algunos presentan como esperanza del futuro D. Juan, Conde de Barcelona, fotografiábase con el uniforme de Falange y la boina roja del requeté esperando alistarse en las filas de la insurrección.

Dato que señalamos no es sino un episodio de las luchas políticas españolas. Los hombres de la democracia española de todos los tiempos, legislaron mucho, tomaron muchas medidas sobre el papel, pero la realidad de la política española fue siempre un permanente abrazo de Vergara entre los sedicentes enemigos. Y lo legislado fue siempre letra muerta al brillar de las espadas de los generales, expertos en pronunciamientos.

Los republicanos no supieron darse cuenta de que era imposible gobernar sin apartar del alto poder y de la política local de los pueblos (donde es más eficaz), y del poder económico que la exprime, los representantes de la represión.

La república de 1873 vino cuando aún no había en España un proletariado fuerte. La de 1931 vino con retraso, cuando el proletariado exigía ya reformas sociales, en un mundo que en su evolución estaba ya más lejos que los propósitos republicanos.

Y antes de que esa República entrara en acción ya las fuerzas feudales habían reaccionado. La historia de esa República se divide en tres etapas.

1º La pequeña burguesía vacila entre el feudalismo y la gran burguesía de un lado y el proletariado y campesinado de otro y contemporiza con las fuerzas feudales. (Es la época de Azaña).

2º La República incorpora las fuerzas feudales (Lerroux y Gil Robles).

3º La República intenta aplastar las fuerzas feudales pero sin incorporarse las obreras... y fracasa.

Pero en todos los momentos de su existencia se encontraron las pretendidas fuerzas republicanas con el problema religioso; con una Iglesia no dispuesta a abandonar su monopolio espiritual.

Cuando se proclama la libertad de cultos, los obispos la combaten con cartas pastorales (obispos de Valencia, Málaga y Toledo), donde seguía Segura, amigo personal y consejero durante muchos años de Alfonso XIII.

Protesta la Iglesia contra la secularización de los cementerios, contra la prohibición a los militares de asistir con uniforme de gala a las ceremonias religiosas, contra la exclusión de los eclesiásticos del Consejo Superior de Instrucción Pública.

Se permite al Cardenal Segura que incluya en sus cartas pastorales las expresiones de gratitud de la Iglesia a la Monarquía.

Poseía la Iglesia en España cerca de 12.000 propiedades rurales, ocho mil urbanas, cuatro mil terrenos, más de 85.000.000 de pesetas, 2912 conventos, 763 monasterios, 36.569 monjas, 8.396 frailes y 35.000 sacerdotes (80.000 personas pagadas por el Estado) y en estas cifras no se cuentan los bienes de los jesuitas, nunca declarados a su nombre.

¿Y su posición frente al Ejército? Plétora de altos grados superabundancia de oficiales sin nada que hacer y fervientes monárquicos.

Ejército que no supo nunca vencer en guerra alguna y que se sublevaba a cada intento de reforma. 632 generales, 21.996 oficiales y 105.000 soldados, es decir, un general mandando 170 soldados, un oficial para 4 soldados. Más oficiales que el ejército alemán en 1939 y más generales que el Ejército americano en 1945.

Prestaron los generales, y entre ellos Franco, Queipo, Mola, Goded, Kindelán, la promesa de respeto y obediencia a la República.

Al reducir los efectivos de 16 Divisiones a 8 se prometió a los oficiales que se retirasen voluntariamente la paga íntegra como retiro con el grado superior al que consiguieron en las derrotas de Cuba, Filipinas y Marruecos (115 millones de pesetas anuales). Se rehacen los republicanos.

Decía Joaquín Costa: « Debemos abreviar el curso de la Historia y dar un salto de cuatro siglos si queremos alcanzar a los que nos avanzaron y con los que debemos vivir. »

La República, en lugar de dar ese salto de cuatro siglos en la Historia prefirió hacer leyes. Y votó la Constitución de 1931, inspirada en la de Weimar, que entraba en la agonía. Hacer una Constitución es lo más fácil del mundo. Bastan tres días. Y es lo último a hacer si se acepta antes afianzar el orden nuevo, será siempre falsa, decía Fernand Lasalle. Y la República en lugar de terminar con un texto, abrían con él la discusión.

¿La reforma agraria? Expropiación de tierras con indemnizaciones para establecer 50.000 campesinos por año. (Programa de 40 años).

Y el crédito anual de 150 millones votado no fue nunca alcanzado. He aquí la labor de esas Cortes que Ossorio y Gallardo llamó « Cortes de señoritos en chancletas ».

Por contra, cara al Pueblo, la « Ley de Defensa de la República » entra en vigor. La « Ley de Fugas » se aplica en Sevilla y Barcelona y en las Cortes un diputado canta la copla andaluza :

¿Cuándo querrá Dios del cielo
que la justicia se vuelva
y los pobres coman pan
y los ricos coman hierba?

La Comisión de Responsabilidades de la dictadura se ahoga en toneladas de papel y nada sale de los sumarios.

He aquí el Balance negativo de la República:
Ley de Orden Público.

Constitución sin audacia.

Ausencia de derechos políticos a la juventud.

Combate contra el anarcosindicalismo y represión.

Utilización de los caciques.

Falta de innovaciones sociales.

Actitud neutra ante la intervención de la Iglesia en el problema de la enseñanza.

Respeto a la fuerza económica de la Iglesia y del Ejército.

Falta de reformas en la administración.

Aumento de la burocracia estatal.

Falta de reformas en la Magistratura.

Aumento de las Clases pasivas.

Falta de reforma en las administraciones locales y provinciales.

Falta de elecciones locales.

Negativa a los estatutos de Euzkadi y Galicia.

Poca energía en sanciones contra Italia.

Sin embajador en Moscú.

Carencia de política marroquí.

Ninguna democratización en el cuerpo diplomático.

Déficit creciente.

Insuficiencia en el control de divisas.

Neutralidad ante el sabotaje económico del régimen.

Vacilaciones en la Reforma Agraria.

Insuficiencia de control sobre los Bancos y riquezas de la Iglesia.

Benevolencia excesiva con March.

Mantenimiento de los monopolios de hecho.

El del hierro (inglés).

Ferrocarriles, Gas y Electricidad, Transportes marítimos.

Industrias de Guerra (Wickers y Krup). Telefónica.

Respecto a los trusts Urquijo, 134 Consejos de Administración.

Valentín Ruiz Seven, escribiente de notario, gerente de los jesuitas, 45 Consejos de Administración.

Ignacio Herrera, 22 S. Anónimas; Echevarría 33.

Y las riquezas españolas en manos del extranjero :

Telefónica (EE. UU.).

Electricidad, Tranvías, Construcción Naval, Industrias Militares, Minas País Vasco (Inglaterra y Canadá).

Industrias Químicas de Guerra, Electricidad Alemania.

Pirelli (Italia).

Minas Asturianas, Potasa (Bélgica y Suiza).

Gas, Tranvías, Minas Astures y Andaluzas (Francia).

Para augurar ese mañana que queremos, la actitud enérgica frente a los cinco peligros y amenazas constantes.

LA TIERRA

70 % de la población activa trabaja en la agricultura y pequeñas industrias anexas: Sólo el 7 % de ese porcentaje posee más de la mitad de las tierras. La población activa es el 40 % de la población española. Es decir 84 españoles poseen más de la mitad de la tierra.

El 90 % de los campesinos no son propietarios de la tierra que poseen, es decir, 7 millones y medio son asalariados.

Y más de 800.000 se reparten como pequeños propietarios el 49 % de las tierras.

País lluvioso en el Norte, Cataluña y Mediterráneo, seco en el Centro y Sur, estas diferencias determinan las diferencias del régimen de propiedades.

En Cataluña y el Cantábrico pequeñas propiedades. (En Cataluña la remensa o rabasa, tierras en arrendamiento, de propietarios que apenas las visitan y reciben el 50 % de las cosechas.

Igual en el País Vasco y en Valencia.

En Galicia es aún peor. Campos de menos de una hectárea con tres propietarios: uno la tierra, otro el agua, otro los árboles.

En las regiones secas, donde aún rige el sistema de irrigación que legaron los árabes, y donde las tierras se repartieron en enormes dominios a la Reconquista, es el latifundio. Aceite y cereales. El propietario es un noble que vive en Madrid o en el extranjero y que nombra a un administrador. Los obreros viven en los poblados, trabajan un promedio de 100 días por año y el resto en paro forzoso. Vida miserable y de sobriedad extremada. Muchas de estas tierras se consagran únicamente al pastoreo de los toros de lidia. Las otras son explotadas con medios primitivos produciendo mucho menos que su capacidad.

España se divide en cuatro regiones: Cataluña (vinos), Andalucía (aceite), Castilla (trigo) y Levante (arroz y frutas).

Pero la población pasó de 1900 a 1930 de 17 a 23 millones de habitantes y la producción no aumentó.

Y si cada alemán dispone de 247 kilos de trigo por año, y cada francés de 241, cada español de 160 kilos. (Decía Costa que el español se acuesta sin cenar).

El poder adquisitivo de las masas campesinas es uno de los más bajos del mundo.

En Teruel hay pueblo sin carretera ni telégrafo, y donde el vidrio para las ventanas es desconocido.

En condiciones tales de explotación, la produc-

ción es insuficiente para el país. Los grandes propietarios obligan al Estado a establecer derechos aduaneros sobre los cereales extranjeros para vender a fuerte precio los granos del país. Y la industria sufre en repercusión, al ver aumentar los derechos de aduana para los productos manufacturados.

Añadamos a esto la MESTA que dura desde la Reconquista.

Asociación de grandes explotantes que posee los caminos de trashumancia.

Y en las provincias españolas, no olvidemos los « pueblos de señoría », donde desde la Iglesia, las casas, tierras, todo... pertenece a un solo propietario.

Y es sobre este fondo de dificultades españolas que se destacan todos los problemas españoles. Sin solución para éste no hay solución para los otros.

El segundo problema: El centralismo, del que ya hemos hablado en otras ocasiones.

El tercero: El Ejército.

Nace el militarismo español en la Guerra de la Independencia. Es la supervivencia de la resistencia a Napoleón. La mayoría de los militares así formados eran de tendencia liberal y salidos del pueblo.

Bajo Fernando VII la reacción feudal les incitó a interesarse a los problemas políticos y se instituyeron en defensores de los principios que el soberano combatía. Nace así la tradición del golpe de Estado, al que se recurre para exponer el descontento: Riego fue el primero.

Después, cuando el Ejército pierde su carácter liberal las intervenciones fueron más frecuentes. A partir de Prim el ejército fue el defensor de los grandes propietarios. La Marina fue siendo de la aristocracia.

Y los cuadros del Ejército aumentan en desproporción con los soldados; a mediados del siglo XIX un oficial para 10 soldados; a principios del XX uno por cuatro soldados.

Cuando las guerras civiles entre carlistas e isabelinos terminan, el Ejército impone las guerras coloniales. Derrotado en Cuba busca el desquite en Marruecos con el malestar consiguiente en el país esencialmente antimilitarista, y provocando incidentes con motivo de funestas intervenciones militares. El estado de guerra se proclama cada dos por tres para reprimir los conflictos sociales.

Y el cuarto y más importante de los problemas es el Clero.

A causa del monopolio espiritual que la Iglesia ejerce desde el siglo XV, ella misma degenera. Se preocupa menos de las cuestiones religiosas que de las propiedades de la tierra; se ocupa menos de educar que de fanatizar.

España es el país de los falsos milagros a porrillo. No olvidemos que los médicos cuyos enfermos morían sin confesión debían pagar 10.000 maravedises de multa.

La estatua de S. Neris en el puerto de San Félix (Cataluña) fue proclamado capitán general en 1808.

La Virgen del Pilar igualmente.

Detentadora del monopolio de la Instrucción Pú-

blica, de las Universidades y de la Censura del Estado sobre los libros, la Iglesia permitió que en España hubiese 75 % de analfabetos.

En 1771 la Universidad de Salamanca aprueba que los sistemas de Gassendi, Newton, Descartes, como los de Aristóteles no podían aceptarse por no coincidir con la verdad revelada en las Sagradas Escrituras.

Los médicos españoles negaban en el siglo XVIII la circulación de la sangre.

La Municipalidad de Madrid protesta contra una orden de Carlos III sobre la limpieza de las calles afirmando que « las basuras son elementos de salubridad ».

Bajo Isabel II las Universidades de Ciencia estaban desiertas.

Fernando VII fue recibido en la Universidad de Cervera por un sacerdote cuyo discurso fue una variación de la frase alejemos de nosotros la fea costumbre de razonar».

La Iglesia se encuentra en todos los movimientos fomentados por las supervivencias feudales.

Piden en 1854 a los obreros de cesar las huelgas. Bendicen a los militares sublevados. Colaboran con los carlistas en las guerras civiles.

La intervención de la Iglesia fue siempre del lado de los poseedores.

Y el quinto problema : La burguesía española.

Sometida al feudalismo trató siempre de indiferencia política. Cuando Carlos III comienza la introducción de máquinas y organismos financieros la iniciativa fue siempre de extranjeros.

Minas de Cobalto en Gistán, alemanes.

Guadalcanal. Lady Mary Herbert aventurera inglesa.

Almadén : Bowles.

Tissus de Segovia : Tejedores holandeses como instructores.

La Banca de San Carlos, después Banco de España, fue obra de Cabarrón de Fraca.

Ferrocarriles, Telégrafos, Gas, Electricidad, capitales técnicos extranjeros. La burguesía española, numérica e intelectualmente reducida, sin iniciativa ni formación, rentista, conservadora.

He ahí cinco plagas a destruir, cinco problemas por cuya solución radical no podemos, ni debemos, ni queremos no sólo consentir que las soluciones del mañana, permitan supervivencia, sino que hemos de aportar todo nuestro esfuerzo intransigente, feroz y violento para su desaparición de los horizontes del país.

Y lo que se propone a nuestro pueblo como soluciones de transición, son otro abrazo, otras soluciones tibias y modestas que dejen el campo abierto en permanencia a las fuerzas negras del país.

He ahí por qué decimos que nuestra intransigencia es base de garantía. No queremos ni podemos consentir que los muchos años de lucha y de sacrificio, sean ahogados al cabo de cortos meses, ni ofrecemos la más mínima posibilidad de actuar a nuestros enemigos.

Nos negamos a volver a empezar dentro de algunos años el mismo combate. El miembro carcomido por la gangrena o se corta o ésta amenazará al cuerpo entero.

Esta es nuestra razón y el porqué de nuestra actitud quizá violenta y es la que quisiéramos hacer comprender a esa sana juventud española. Eliminar para ella y para las generaciones venideras la posibilidad de reproducción de la eterna tragedia. Matar la hidra de una vez, garantizar el porvenir, abrir grandemente las puertas de un mañana más sereno, más acorde con las permanentes aspiraciones hispanas, más conformes con los intereses de todos los pueblos que componen el todo. Una vida de más dignidad para el hombre, de más libertad, de mayor independencia económica, de fraternidad y de armonía social.

(Continuará)

La violencia es un medio que hace siglos se ha puesto a prueba. No queda más que una cosa por intentar : una honradez sin ilusiones, una lealtad inteligente y la obstinación por fortalecer la dignidad humana.

A. CAMUS

Mil pesetas

NO había hogar más feliz en Sevilla que el de este zapatero. El cuarto, bastante espacioso, tenía una reja muy alegre que daba a una calle típica. De los tiestos de la reja tomaban madre e hija las flores que con tanto donaire lucían: la madre estaba de buen ver todavía y la hija era un sol. Hacíanse las faenas caseras martilleando el hombre y gorgoriteando las mujeres. El trabajo, tan bien y tan a gusto lo llevaban, que más que una fatiga daba la sensación de un entretenimiento. Era el pan de cada día, ganado con alegría en vez de con el sudor de la frente. Ni un martillazo más en sacando para vivir.

— Planta la mesa, niña, si es que está el almuerzo.

— Está, sí, señor.

— Pues hasta mañana, si Dios quiere, y que espere el impaciente, más que sea el rey de España, que yo de mi paso no salgo.

Al almuerzo sucedía la siesta en todo tiempo, con resoplido de satisfacción, bien a la pata la llana. De tardecita, la habitación alegrábase con la guitarrilla, el vinillo y el cantecillo. Olía más la reja y las flores tenían un color más vivo.

Enfrente vivía un ricachón que envidiaba la felicidad del zapatero, sin duda porque él no era feliz entre los suyos. Mandóle razón con un criado de que quería verle.

— ¿Para calzado a medida?

— Me creo que no.

— ¿Para pedirme el voto?

— No lo deduzco.

— ¿Para que cuelgue el instrumento y cierre el pico?

— No, desde luego.

Par aver de cerca a un hombre feliz y, de paso, regalarle un billete de mil pesetas era la llamada. Ya en su casa, el zapatero manifestó el regalo. ¿Habrà que decir que la mujer y la hija no cabían en el pellejo de contentas? Primero pensaron mejorar el ajuar. Comprarian un armario de tres lunas, que bien se le iban los ojos tras ellos a la zapatera. El zapatero:

— ¿Para qué tantas lunas?

— ¡Como que nos vamos a mirar los tres en la misma teniendo mil pesetas!

Tampoco de ropa andaban muy allá que digamos. Sustituirían las mantas de Utrera por otras de Palencia. Camas nuevas y sábanas con tira bordada, y sobrecamas adamascadas y cubrepiés rellenos de guata. Cambio de vajilla. Mesa de comedor de estira y encoge, por si ocurría tener invitados. Cubiertos de Meneses...

Después de esto los perifollos de la zapatera y de la zapaterilla. No se quedaron cortas, no, en llegando a este capítulo. Eche usted seda, arracadas y menjurjes.

— ¡Mujer...! ¡Y tú, niña!

— ¡Aquí mando yo!

— ¡Aquí se j'hase lo que diga mi mamaita!

En un vuelo, el zapatero se planta en casa del ricachón, el cual, viéndole entrar descompuesto en su despacho, reflexiona: « Viene a pedirme otras mil pesetas ».

— ¿Qué le trae por aquí?

— Devolverle las mil pesetas que a poco son mi ruina. Como éstas...

Y si, lector, dijese el comentario, como me lo contaron, te lo cuento.

PUYOL



RECORRIDO LITERARIO A TRAVES DE MONTIEL BALLESTEROS

ENCASTILLAR a Montiel Ballesteros como cuentista simplemente —«género literario específico al que muchos críticos se refieren» por tratarse de composiciones breves—, nos parece minimizar su ámbito expresivo, pues que, por lo general es la novela donde su espíritu se ha extendido con mayor libertad creadora y donde adquirió mayor volumen su arte constructivo. El ha tomado el cuento, la fábula y sus creaciones denominadas libros para niños como una válvula de escape recreativa, más bien de emoción poética, para encerrar un estado de ánimo y plasmar una intención fugaz, como una imagen. Esta particularidad de lo breve lo permitió captar metáforas simbólicas prohibidas en el verso. La prosa, en que Montiel Ballesteros hizo buena poesía, le resultó más dúctil y domable para sus fines. Y si bien, al cabo, toda la obra de este escritor insigne no deja de ser un poema, cuyos títulos ya lo denuncian, ha conducido su fértil emotividad por los canales más simples de su imaginación. El abigarrado número de obritas que ha recogido en más de veinte volúmenes, parten desde orígenes distintos y lejanos, pero llegan a un punto terminal, con esa frescura que los singulariza y la sana intención de pequeños poemas que las precede.

Pero donde este uruguayo ilustre se encuentra a su gusto es dentro del relato y la intención novelesca, que le aporta materiales humanos para arrastrarnos en su compañía a los campos del ideal. Desde que apareció «La Raza» hasta «El mundo en ascuas», han transcurrido como ocho lustros. En ese largo deambular por el mundo de sus creaciones, no siempre ha permanecido aferrado al mismo paisaje visto de distintos ángulos. Sin haberse desviado de su sentimiento nativista y sin perder el perfume de la tierra que exhala su obra, ni la inocencia y bondad campesina tan soldada al corazón sudamericano, los personajes de sus novelas se acercaron más a la ciudad. La civilización los trajo hasta el asfalto por nuevos caminos que acertaron todas las rutas.

«El gaucho Tierra» nos da esa nota creadora y recreadora del hombre moderno con atuendo antiguo, que discurre movido por emociones distintas, dentro de un universo más amplio, exaltado por el apasionamiento de lo moderno que trastocó desde la roca del subsuelo en que estaba cimentado hasta las capas del firmamento social, sin haber renunciado al ambiente pampeano de donde procedía. Montiel Ballesteros se siente huérfano y engrillado entre la población urbana. No es un escritor de ciudad, que se entusiasme por los argumentos artificiales de la rutina industrial. El conoce las pasiones individuales que encierran la vida y automatizan el espíritu, sometiéndolo a tremendos sa-

crificios. El panorama de sus creaciones abarca límites sin alambres. Sus personajes no se resignan a desenvolver su existencia en la estrechez ciudadana. El toma toda la tierra como suya para hacerla una sola propiedad. No circula por estrechas calles ni anchas avenidas, que aun en los suburbios, le comprimen y deprimen. Sus gauchos se encuentran a gusto detrás del sendero que tiene el horizonte como punto de partida. Y aunque hablen el lenguaje propiamente ciudadano, son fieles al antecedente autóctono, con esa agudeza y discernimiento paisano que es lo único que nos queda de lo mejor que ha creado el sentimiento histórico como genuino fermento de la tierra americana.

Montiel Ballesteros no ha quedado detrás de la evolución. Hombre que vive las inquietudes diarias de este pasmoso trajinar dentro de un mundo de maravillas y de penurias refinadas, como contraste, se dejó arrebatar por toda suerte de emociones. Cada día experimenta sensaciones nuevas que trata de darle forma, aprisionándolas en su alma. Entre «La rosa y la calavera» y «Juansinnada» hay una gran lucha que ya anunciara con pregones «La jubilación de dios». Forzoso es llegar aquí, tomar participación en este banquete para comprender por qué Montiel Ballesteros no es escritor promovido al academismo y acreedor a los inciensos oficiales. La perseverancia y responsabilidad artística puestas en una labor de medio siglo, con ese candor y riqueza del ambiente, no le amodorraron en los sillones del oficialismo literario porque, antes que escriba, es un hombre de pensamiento libre. Probablemente algún día han de editarse sus obras completas por tratarse de uno de los escritores dignos representantes de su generación. Quien tanto hizo por llenar con arte e ideas el ámbito de la literatura uruguay, creando un mundo de nobles personalidades, que son todos sus personajes, con esa manera tan gráfica, sabia y libre con que se expresan, orgullo merecido será para quien lo intentó. Hoy, sin embargo, todavía es Montiel Ballesteros el dueño de su fuerza creadora y expresiva, que le ofrece libertad para incursionar en los rincones del alma humana y sacar a flor de su piel los dientes violáceos de las heridas ulcerosas.

Montiel Ballesteros no admite, ni en poesía ni en otra manifestación artística, otra forma de expresarse que la directa y elegantemente, sin limitaciones para la libertad. El vive un ancho universo que le infunde a sus imágenes, a las cosas y creaciones inanimadas de que es autor paternal. Esa fraternidad que le envuelve, es la que garantiza para sus metáforas, apólogos y sentencias. Si él se siente libre, contagia su estado anímico a los demás por vía del lenguaje. Hombre desprovisto de atavismos sociales o prejuicios políticos y religiosos, sus creaciones imaginativas se desenvuelven en un ambien-

te de pureza y ética muy particulares. Así como él no podría vivir en otro mundo que no fuera el de la libertad, es por ello que su literatura tiene un « dinámico fondo social histórico » y se sirve de la prieta « materia narrativa hasta darle una intensa » vida de unidad fraterna.

De entre los grandes escritores hispanoamericanos, Montiel Ballesteros se caracteriza como uno de los más representativos, que no es posible hacer a un lado al estudiar el curso de la literatura en este continente. Sus argumentos trasponen los convencionalismos, saltando como disparados por « flechas, desde el primer momento, para dar en el blanco emocional, dramático o trágico, irónico o cómico, sarcástico o humorístico ». El hombre y la tierra, el drama y el paisaje constituyen las pasiones que evoca y transfigura con « patetismo saturado de suave gracia irónica », de humor trágico como un clamor propio frente a las complicaciones de la vida.

Montiel Ballesteros es hombre de fe ardiente en cuanto al porvenir del destino humano. Toda su obra respira esta confianza que a borbotones sale de su prosa trabajada por tan eximio artista. No podría pensar de otra manera quien fue ungido con « savia de pinos, palmeras, coronillas y ceibos » y que pertenece a la « exquisita especie humana » de la rebeldía que, comúnmente, se paga « con alma y con sangre, y hasta con hambre ».

Montiel Ballesteros dice que « la vida es un tesoro que, generosamente, nos ha concedido en préstamo el misterio y que nosotros dilapidamos, menospreciamos, lo volvemos turbio y sucio, olvidados que no sólo debemos devolver lo intacto, sino acrecido, puro y glorioso ». Refiriéndose al arte, consigna que lo « abstracto significa un individualismo tan extremo, que negaría la comunidad de los seres humanos que, conspirando contra su catolicidad, se erigirían en cantidades solitarias, rodeadas de valles y muros infranqueables. Solos no nos es factible colgarnos en el madero, herirnos en el flanco, hundirnos en pies y manos los clavos despiadados, coronarnos de espinas y atraer a nuestros labios resecos la esponja de vinagre ».

« Las palabras han declarado la huelga general en protesta contra los sofistas y mistificadores, que las vacían de sus latos contenidos y rellenan con sus falsificaciones. Tamaña subversión las coloca contra el muro ante un piquete de fusilamiento ».

En estos apólogos, Montiel Ballesteros « mira a los hombres como filósofo después de haberlos exaltado como artista, dice Ferrándiz Alborz. Y cesa rara, como « artista los vio grandes y pequeños, y lo mismo al contemplarlos filosóficamente, pero, en ambos casos, dignos de compasión y de perdón. Acaso porque los ha comprendido integralmente ».

C. C.

Para conocer a un Pueblo se le ha de estudiar
en todos sus aspectos y expresiones : en sus elementos, en sus tendencias, en sus apóstoles, en sus
poetas y en sus bandidos.

Discurso del hombre libre

(Continuación)

YO digo que si hay que despertar en el hombre el deseo de consciencia, el estímulo de superarse, la inquietud de que seres y cosas sean mejores, abriendo los caminos del espíritu, ello no ha de ser para hacerlo siervo del dolor. Que si forma de tragedia tiene la vida presente, no por esa imagen de tragedia, conciencia de tragedia, sentimiento de tragedia ha de modelarse en el cerebro de los que quieren y sienten que esta vida así de trágica cambie.

Pido serenidad al espíritu, pero no tormento. Ciertamente que el dolor abunda sin medida. Pero los que entraron en la consciencia saben que el espíritu ha de ser, no a imagen de las cosas tal como son, sino a imagen de las cosas tal como deben ser y serán.

Los pueblos se retuercen en contorsiones inhumanas, y, si se busca que ello termine, no ha de ser con la herencia de las cosas negativas. Que hay que enterrar la era del mal sin que sobreviva ni forma ni fondo.

Así yo pienso que los actos de quienes piensan y obran por la nueva vida, han de estar exentos de tristezas que nublen el ánimo o lo hagan cruel; que lo formen ideas de venganza y lo hagan inferior al espíritu y a la letra de la doctrina magnánima y humana, resultando él también inferior a su misión verdadera. Yo no digo, empero, que se evite o que se ablande la obra de justicia, sino que ella no pase los límites de tal y que se haga con la dignidad y altura de conceptos propios.

Ciertamente, no digo tampoco que no seamos partícipes del dolor del pueblo. Comprendedme que a causa de buscar que este dolor no sea eterno, por lo que quiero que al hombre se le libere de las miserias presentes, sin sumergirlo en la servitud, en la adoración del dolor. Sentimos el dolor y por ellos queremos anularlo. Empecemos por nosotros mismos cuando él ha cumplido la misión de avivar nuestra rebeldía y de hacernos luchar por una humanidad libre de él.

Los pueblos serán felices cuando hayan comprendido y suprimido después, todas las causas morales que engendran el sufrimiento. Y esto vendrá, sobre todo, cuando la educación dada no será educación de obediencia y sí de independencia.

Puesto que la vida en la naturaleza es fenómeno de impulso hacia adelante; de crecimiento, floración y madurez, esto debe traducirse, en el desenvolvimiento de la vida del hombre en anhelo, alegría y serenidad que han de ser base para su educación. De esta forma, el dolor será extraño sobre la tierra y la felicidad cosecha universal.

En verdad, la moral que exalta las esencias negativas del individuo e incita a la anulación de la

personalidad, no puede ser moral. Antes bien, amoral. Toda moral parcial, toda moral hecha de prohibiciones y anatemas, no puede ser llamada tal. Porque por moral deben entenderse los principios normativos que llevan al hombre, pero que lo elevan en todo orden, ayudándole a descubrirse a sí mismo en todo lo que puede dormir o late en él de sublime, de hermoso, de digno. Es decir, de humano.

La moral no puede restringir la libertad. No puede establecer grados, diferencias u odios, ni considerar como bueno lo que a todas luces es perjudicial, ni como malo aquello que es bueno. Ni puede tampoco amparar, disculpar o estimular privilegios o degradaciones humanas. Si eso hace, deja de ser moral para llamarse veneno espiritual.

La moral, amigos, no puede ser cosa distinta a la aplicación de las leyes naturales en aquello que ellas tienen de mejor, superadas y adaptadas por la inteligencia del hombre, con el principio de subsanar o evitar todo mal. Pero de forma que las enseñanzas no admitan subterfugios ni falsías.

Por eso, digo, debe ser asentada sobre la base de la consciencia.

Si separamos la moral del libre albedrío, ni tendremos moral ni tendremos libertad. Y la independencia individual y colectiva así, será degollada. Como hoy.

Entonces no habrá individualidades. En todo concierto social la carencia de individualidades es la imposibilidad de floración de los valores humanos. Y sin valores humanos los pueblos son sometidos a las degradaciones más indignas; en suma, a todo aquello que de la humanidad hace una vergüenza, una maldición y un averno. Y, os repito que la mejor demostración es la humanidad de hoy, el mundo de nuestro tiempo. Yo no puedo llamar humano de ninguna manera, al sistema feroz que contemplo. Es, pues, cuestión — yo pienso — de trabajar por un mundo verdaderamente humano, de cuya moral os he hablado.

Y no será nunca bastante decir que de la aplicación sincera por parte de todos aquellos que quieren seguir con nosotros la nueva senda, de las normas morales que la doctrina enseña, que el triunfo sea cierto y no ficción o sofisma.

Que sin dignidad humana y honradez doctrinal, toda señal luminosa de un mundo mejor vendrá a transformarse en mito, siendo el tinglado bonito y la realidad un sarcasmo, no quedando sitio sino para la farsa.

No basta predicar a voces cosas agradables al oído, sino que la acción y el hecho respondan, que lo que se dice con calor se ejecute con agrado.

Porque escrito está: «Decirse convencido no es nada. Obrar como tal lo es todo.»

Yo soy duro en estas cosas porque estoy en lo cierto al pensar que muchos son entre nosotros los que diciéndose partidarios decididos de la nueva

doctrina llevan consigo el espíritu de las otras costumbres, de las costumbres podridas y con él en el fondo piensan. Llevan consigo el espíritu de las viejas creencias y con éstas en verdad sobran.

¿Por qué se engañan ellos mismos? Mal tengo en el alma por su causa. Que son incapaces de despojarse de todo cuanto de podrido hay en ellos. Y lloro de pesadumbre al ver cómo les está vedado el goce inmenso que tengo yo con el disfrute de las bellezas interiores al sentir el amor por los humanos y al imaginarme el mundo al cual doy mi ser, ese mundo de mañana con que sueño.

Que no vibran como yo vibro ante las perspectivas de la nueva vida.

Que son ausentes de la Consciencia y eso no les inquieta.

Que si aplican algunos de nuestros preceptos lo hacen coaccionados por la compañía de otros hermanos, pero que ni los sienten ni los quieren.

Que si viene, vienen por pequeñeces de egoísmo y provecho; material infimo.

Que son entre nosotros por la fuerza de las circunstancias, pero que están lejos, muy lejos de las inquietudes dignas, desinteresadas, superadoras.

Que las circunstancias de la Fuerza les trajeron entre nosotros, y aún así no quieren aceptar con el alma y con el pensamiento, sinceramente, un puesto consciente, activo, en la preparación del fin de la fuerza.

Tengo pena, digo, por los abúlicos y por los de intenciones torvas, por los incapaces de romper con los prejuicios y porque viven en continua farsa.

Y yo les digo : ¿Qué es la vida sin algo grande y hermoso que sentir y propagar y luchar por la consciencia del otro, de los otros, de los hombres todos; y porque los siervos y los dueños de la tierra dejen de serlo, y porque los hombres sean libres de todo mal, de toda ruindad, de todo servilismo?

¿Y aún, hermanos, qué hay que pueda más ennoblecer y justificar una vida que ocuparla en combatir todo aquello que sea indigno, vejatorio, malo?

Meditad vosotros, los que por conveniencias inconfesables, por feas ruindades, habláis y obráis. Y vosotros, los que la vuestra es ir a la caza del medio no importa a costa de qué, ¿sois felices? No. ¿Lo seréis cuando hayáis conseguido vuestro propósito mezquino? Tampoco. Siempre tendréis sed, insatisfacción de algo que no os explicáis, en el caso que no fracaséis o sucumbáis a causa del lío de vuestras intrigas.

Es que vuestro sitio y vuestra obra no es éste, no puede ser ésa.

Os faltan los goces interiores que son insustituibles. Os faltan las riquezas de dentro, que son las únicas dignas y seguras.

Os falta ese mar delicioso del espíritu, donde el pensamiento se baña acariciándolo las alas del conocimiento, de la percatación, dulcemente, y que hacen al hombre humano, inmensamente humano.

Meditad en lo que sois y en lo que podéis ser, venid y bebed en la Consciencia. Impregnaros de

ella; hacedla vuestra. Y ese baño agradable y luminosa será con vosotros. Seréis curados de vuestra lepra cerebral y la moral de la nueva doctrina os hará puros. Y como yo, tendréis la revelación de ese mundo infinitamente superior a ese de cieno en el que os revolcáis como yo me revolqué. Y como yo, veréis abrirse ante vosotros horizontes interiores sin límites y seréis felices, inmensamente felices. Habrá muerto en vosotros ese desgraciado sentido del límite que frena el desarrollo evolutivo de la vida en la sociedad haciéndola un dolor y una desgracia.

Porque mi combate es digno como ningún otro, será llevado por mí hasta el fin de mis días. Venid a ocupar un puesto en él, después de haberos hecho dignos.

Aquellos que vienen y aquellos que vendrán, tienen aquí el entusiasmo del amor fraterno. Ellos se verán por anticipado en el Cosmos del mundo de mañana y del hombre de mañana, aun en el caos que el mundo de hoy es.

Y esto es así y cosa cierta, porque la preparación y la conducta tal como se expresan en nuestras comunidades, hacen de ellas un inmenso lazo de fraternidad. Y aquellos que vienen con entusiasmo y los otros, que viniendo a ella se sienten ausentes, tienen también su parte ilimitada.

Entonces yo os digo : nuestra moral no es nuestra solamente sino de la humanidad entera.

Penetraros de ella los que sois extraños, difundida con el verbo y con la conducta los que estáis impregnados de ella. Que el bien es para todos por igual y al servicio del Bien estáis.

Pero digo también que quienes de intención sabida y meditada responden con el mal a causa de que quieran dominar o buscan provecho infame, no pueden tener otra respuesta que aquella engendrada por ellos. No que el mal sea hecho también, sino que se impida al Mal asentarse y triunfar.

Si se concede importancia primera a la revolución espiritual aun viendo la necesidad apremiante de la económica, es a causa de las claras consecuencias que de una y otra se desprenden.

De cierto, imaginaros que un progreso portentoso se hiciera luz en todos los ámbitos del desenvolvimiento económico humano. Que se transformaran las fórmulas normativas de la vida presente. Que el siervo dejara de ser llamado tal, que la esclavización del hombre terminara en tanto que animal alquilado o sujeto al amo de por vida. Que el imperio romano sucumbiera por la fuerza de las cosas adversas. Que el Pueblo de Israel y todos los Pueblos de la tierra fueran liberados de la dominación extranjera. Imaginaros que las guerras de conquista no existieran y que las religiones tampoco.

Aparentemente, la liberación humana sería cosa cierta. Grave error. La tradición de mandar y de abusar no habría terminado. Porque siendo el móvil puramente económico, nuevas fórmulas saldrían del espíritu de las viejas. Y sobre las ruinas de una sociedad maldita, aparecería otra igualmente acreedora de anatema.

No habiendo transformado los hombres sino las cosas, he aquí que la redundancia de la desgracia

sería señora de la sociedad una vez más. La transformación económica y tendenciosamente la social, sería hecha en perjuicio de los detentadores del privilegio, sí, pero en beneficio de otros no menos detentadores del provecho y de la riqueza colectiva, si bien con otro sistema.

Ya lo dijo Esteban : « Guardaros de aquéllos que os ofrecen mejor vida sin haber antes procurado para ellos y para vosotros mayor conciencia, que esos forjan nuevos mitos, los cuales en nada serán diferentes en su fondo y en su conciencia. »

Te harán — ¡oh, Pueblo! — elemento activo en nombre de tu miseria contra la iniquidad de los otros. Y con tu mano hundirán los malos privilegios y las falsas potestades. Pero vendrán ellos a crear otros igualmente malos y otras igualmente falsas.

Y esto de cierto será así porque procurarán bien perpetuar la ganancia en el mal oficio de mandar, porque ellos serán entonces los que mandarán. Y procurarán que esa ganancia sea conservada con la red de nuevas leyes que serán impuestas por la fuerza cuando no admitidas de grado tras previo embrutecimiento.

Porque escrito está : « Lo malo engendra lo malo, y lo bueno lo bueno engendra. »

Como el libre albedrío estorbará sus designios, el será coartado. Como el pensamiento libre pone en peligro aquello que es falso, su manifestación será suprimida. La sedicente nueva educación cuidará con esmero de hacer nulidades que serán de manejo fácil. Y una vez más, la injusticia y el dolor triunfarán.

Porque la tendencia de mandar, de dominar, de imponer, se halla adherida al hombre, a muchos hombres, como la hiedra la tiene de adherirse al árbol y matarlo. Ella nace de un nocivo criterio que se ha hecho ley biológica en las sociedades humanas a fuerza de utilizarlo, viniendo a trepar en los hombres como fenómeno imposible de soslayar, legado de una a otra generación. Asentada fue la tendencia a mandar, a causa de las penurias de los pueblos primitivos. Por éstos unos hombres fueron inducidos, para salvarse, a robar su parte a otros que con ellos formaban sociedad. Hallaron manera de hacerse respetar y disculpar, imponiendo costumbres para su provecho, haciéndose jefes o pretendiéndose emisarios de potencias ultraterrenas. Eran los más fuertes, los más aviesos, o los más audaces. A éstos acudió después el resto, suponiéndolos facultad o potestad para salvar al conjunto de los hombres de las penurias periódicas y de las furias naturales.

Nacida y transmitida la diferencia de grado, esa parte mala que dentro del hombre hay, se encargó con prisa y astucia hacerla admitir como cosa natural, sancionándolo más tarde la ley, como ya en otra ocasión os dije.

¿Es que sin suprimir este espíritu ancestral podréis lograr el sueño de ser hombres libres, íntegramente hombres? No. Haréis revueltas y hundiréis iniquidades. Pero con un sentimiento desesperado de revancha y de venganza, ciegos de visiones amplias y profundas. Hecho negativo. Y ese

sentimiento inconsciente, malo sin saberlo, pretendiéndolo bueno, bueno será. Pero para los arrivistas y los aduladores. Y aquellos audaces o astutos dentro de los cuales araña tenaz el prejuicio ancestral encontrarán campo abierto a sus apetitos vergonzosos.

Vosotros estaréis llenos de las fórmulas inmediatas sin formación altruista alguna, sin otra formación que aquella adquirida en el presente podrido. ¿Qué sucederá? Ya os lo he dicho. Todo será revuelto y trastocado. Los factores económicos tendrán apariencia de justicia porque una injusticia real fue suprimida. Pero yo os adjuro a demostrarme qué progreso social y humano habrá ahí. Porque por progreso social yo entiendo liberación de individuos y Pueblos para armonizar la vida haciéndola más alta en su forma externa y tangible y en la otra interna e intangible.

Y os afirmo : no puede haber progreso así, fuera de la Consciencia o a espaldas de ella.

Luego, ¿de qué sirve una transformación económica sin la previa espiritual e individual?

Ya no seréis llamados siervos ni esclavos ni libertos. Pero seréis las dos cosas primeras y lo mismo, aunque os llamen libertos o aunque os llamen ciudadanos o no importa qué otro nombre inventado para la circunstancia, que será grato al oído y en la realidad un sarcasmo.

Muchos pensaréis que miento o que estoy equivocado al hablar así. Incluso, de entre vosotros mis hermanos de la Causa, muchos seréis los que de tal manera pensaréis.

Pero yo os digo a todos : Poned mayor cuidado en examinar la causa de los hechos que los hechos mismos. Poned mayor cuidado en la consecuencia que en la acción misma.

Una acción tiene necesariamente su consecuencia. Y lo que importa es la segunda, porque es ésta la que queda. Ciertamente, el hecho pasa y la consecuencia queda. El hecho es punto de trámite entre la causa y la consecuencia. El hecho determina la consecuencia, que ha de ser superadora de la causa en razón de él; examinad qué causa mueve al hecho, y procurad que éste no posibilite una consecuencia parecida a la causa. En el caso que me ocupa, yo os pregunto : ¿cuál es la causa que mueve a rebeldía? Terminar con un mundo negativo, injusto, podrido, arbitrario. ¿No es eso? Vosotros buscáis que él termine, porque entendéis que debe ser de otra manera diferente. Para que así sea, se quieren montar las relaciones humanas en forma superior y que no dé lugar a otras injusticias, a otras arbitrariedades, a otra podredumbre. Si da lugar a todo esto, se entenderá que nada se ha hecho, puesto que viene a ser la misma cosa aparte el nombre. Luego el hecho es lo movido por la premisa positiva. ¿Qué me diréis si el resultado no es ése? Si estáis sanos de conciencia, me diréis haberos equivocado o que os engañaron; y he aquí que para evitar esto os digo de meditar la fórmula con clara comprensión.

FABIAN MORO

(Continuará)

LA FLORA MARINA

LAS algas marinas se recogen en gran abundancia en las playas más batidas de las costas galaicas, y hay muchísimas variedades: desde la que tiene forma de hoja sencilla hasta la de tronco grueso como un brazo, constituyendo un peligro —por su viscosidad o por su enmarañada florescencia— para el que toma baños de ola, y a veces retiene al bañista, que se hunde en el agua y no puede volver a la superficie.

Algunas de las variedades de estas algas se utilizan en Galicia y son también exportadas para baños de pila y algunas otras aplicaciones medicinales.

Son empleadas también por los campesinos para abono de sus tierras, no tan solo en el litoral, sino también en el interior de la región. Asimismo se usan, aunque en pequeña escala, para alimento de los cerdos.

Se pensó, con espíritu poco práctico, en que sirviesen para sustituir a la paja, el junco y al mimbre en distintas manufacturas.

Su explotación es mínima, más que nada por falta de orientaciones y carencia, por lo tanto, de medios para su industrialización. Sin embargo, podría ser otra de las riquezas naturales de Galicia que, explotada en toda su extensión, sería de resultados halagüeños para la economía española.

Sin embargo, ya se mira hacia otros países, donde las algas son ya empleadas e industrializadas, sobre todo hacia el Japón, que es, sin lugar a dudas, el país que explota de manera más eficaz la flora marina.

Es bien verdad que ningún país sobrepasa al Japón en abundancia de algas, y todavía menos en los usos y aplicaciones de esta flora. Ello es debido a que las islas japonesas se extienden entre latitudes extremas floreciendo toda variedad de algas por permitirlo las diversas temperaturas del agua.

Para darse cuenta de la importancia que puede tener en un futuro más o menos cercano esta industria, daremos a conocer algunas de las variedades de las algas que se crían y cultivan en el Japón, así como de sus aplicaciones.

Desde muy antiguo los japoneses se acostumbraron al alimento sacado de sus hierbas marinas, cuya exquisitez fue cantada por más de un poeta local en su *uta* o breves composiciones poéticas. Frecuentemente se expresa la abundancia de una cosa, comparándola a las algas marinas extendidas sobre la ribera.

La mayor parte de las algas se utilizan como alimento: muchas, sin embargo, se emplean de otros modos: en aplicaciones técnicas, medicinales y agrícolas. Las más importantes, usadas como alimento, son llamadas *Laminaria*. Carecen en los mares fríos y son las hierbas mejores, pues sus hojas exceden frecuentemente de cuatro metros.

No las consumen sólo los japoneses. Los chinos las importan en proporción considerable. Esta clase de alga llamada *Laminaria*, se corta parte de ella en trozos y se usa poniéndola en agua caliente. Otra parte es reducida a hilos para condimentar las comidas. Mientras otra, añadiéndole azúcar y preparación especial, sirve para envolver el pescado. Se usa con el té en lugar de dulces. Una especie de estas algas es utilizada suplantando al té.

De las hojas estropeadas se extrae el yodo. Hay en Hokkaido muchos establecimientos dedicados a esto, es decir, a la extracción del yodo.

Después de la *Laminaria* sigue en orden de importancia, como alimenticia, la *Porphyra*. Su precio la convierte en artículo de lujo. Es tal vez la única hierba marina cultivada artificialmente en larga escala; algunas especies crecen naturalmente sobre las rocas a lo largo de la costa, pero no son tan bellas como las cultivadas. El cultivo de la *Porphyra* se hace muy extensamente en la bahía de Tokio.

Las especies de *Porphyra* que pueden ser cultivadas artificialmente, crecen en el mar de bajo fondo, en el cual, afluyendo el agua dulce de un río, la sal del agua marina se diluye. Durante el invierno, ramajes de árbol o bambú se plantan en hileras regulares en el mar. Al cabo de cierto tiempo los gérmenes de *Porphyra*, que están en la superficie del agua, se juntan a las ramas y a las hojas y van creciendo y alcanzando considerables proporciones, hasta que se recogen y transforman en *Nori*.

El *Nori* se echa a la sopa. Arroz, pescado o legumbres y aceite, envuelto en el *Nori*, forman el *Sushi*, el sandwich de los japoneses. Su uso más frecuente es con arroz y salsa japonesa llamada *Shoyu*, que estimula grandemente el apetito. Hay dificultad en conservar el *Nori* durante la estación estival. Hoy, sin embargo, puede servirse en envases estañados y es exportado a cualquier parte del mundo.

Kanten. — Es gelatina extraída de las algas. Nada más delicioso en tiempos de calor. Con hielo y azúcar es preferible a todo refresco. Los chinos importan gran cantidad de esta gelatina. Esta se hace de *Felidium* y otras algas propias de los mares japoneses. Se le puede añadir, antes de que esté completamente fría, esencia de limón, etc., y puede también colorearse de rosa o amarillo; este último color es muy usado en el Japón.

Los fabricantes hacen pastas uniendo **Kanten** con otras sustancias; y muchas variedades de tortas, muy comunes entre los variados ingredientes el **Kanten**.

Antiguamente los médicos le atribuían propiedades medicinales. Es posible que así sea, ya que en Galicia también se aplican en este sentido.

Se utiliza también en los tejidos de seda y en las telas. Para las mejores clases de seda no se usa más que **Kanten**.

Una considerable cantidad se exporta, en estos últimos años a Europa, para fines técnicos.

Hay varias fábricas de este producto en la región montañosa de Hagano y en el estrecho entre Oraka y Kioto. Los lugares de fabricación se encuentran todos emplazados en regiones montañosas y frías.

Funori o cola de algas marinas.—Ciertas algas marinas, ricas en cola, son utilizadas especialmente: las pertenecientes al género **Chondrus**, **Tridiaca**, **Gacilaria**, **Ceraminni**, **Campylaeophora**, **Gratelomphia**, etc., pueden emplearse en la fabricación del funori.

Se emplean las hojas en su tamaño natural para estucar las paredes de las casas; mezclándoles cal y arena forman una especie de cemento.

Las clases mejores, dispuestas en hojas sutiles, se emplean en el preparado de la seda, de la lana y del algodón. Por tal procedimiento los tejidos se ponen lisos, tersos y tienen mayor lucimiento. En el Japón se usa el funori, como en España la pasta, para poner las telas bien iguales.

Algunos géneros de algas marinas, como la **Laminaria**, **Echlonia**, etc., se utilizan para la extracción del yodo, siendo la única fuente para obtenerlo en el Japón. Su producción tiene hoy no pequeña importancia, y aumenta la producción de año en año.

Además del yodo se extrae también otros productos secundarios, como sal común, sulfato de sodio, cloruro de potasa y azufre.

Las algas mejores para esto son las recogidas expresamente en las partes septentrionales del Japón y particularmente en Okkaido y Sakkalin; los fragmentos de **Laminaria** arrojados por las olas forman tal cantidad, que los habitantes los disponen en una especie de bancos de considerable altura, impidiendo proseguir la vista del océano.

Además de las algas citadas, se utiliza de un

modo o de otro casi todas las especies existentes en los mares del Japón.

Como puede verse, la flora marina da pie a una importante industria en el Japón, y sin querer pretender que en España pueda explotarse en las mismas proporciones, ya que los climas no son tan variados como en el Japón, pueden, sin embargo, explotarse en mayor escala que hasta aquí no se ha hecho.

Como decíamos al comienzo de este trabajo, Galicia es abundante en algas, existiendo buena variedad de las mismas y ofreciendo también perspectivas de cultivo de aquellas algas, cuyas aplicaciones y productos son más interesantes; este cultivo puede hacerse con bastantes posibilidades de éxito por ser abundantes las rías en cuyos afluentes de agua dulce es donde los japoneses cultivan artificialmente la especie llamada **Porphyra**, la que después de industrializada sacan el producto alimenticio llamado Nori.

En una palabra, la clase trabajadora ha de aprestarse a la explotación e industrialización de esta riqueza natural de nuestras costas, riqueza hasta ahora poco menos que ignorada, ya que si alguna aplicación tenía era más que nada debido a la intuición del mismo pueblo, ya que nunca los gobiernos habidos y por haber se han preocupado en lo más mínimo de la explotación de la flora marina, ni siquiera de dar la menor orientación sobre el valor nutritivo medicinal, técnico o industrial de las algas, o de parte de las mismas.

La Sección de Estudios Económicos y Sociales de la Regional Galaica tiene aquí campo abonado para poner en marcha una nueva y productiva industria del pueblo y para el pueblo y al servicio de la humanidad.

No nos cabe la menor duda que la militancia confederal ha de saber aprovechar con éxito lo que la madre naturaleza pone al servicio de los hombres, lo que permitirá, una vez más, demostrar el espíritu constructivo de la clase trabajadora.

A. CARSI

Caundo se me habla de inteligencia, saco el revólver. — GÖERING.



El universo de Alaiz

(Continuación)

GERGES Orwell, tan respetado como respetable, dice una barbaridad para caricaturizar a los judíos. Los considera capaces de venderse la hija por 50 monedas. Alaiz no los «descomercializa», pero los deja, en este terreno, como unos angelitos al reproducir de los italianos que «en cada genovés hay siete judíos». Leve es, pues, el mercantilismo judío, que no nos pertenece analizar. ¿«La Celestina»? obra de aliento rotundo escrita por el judío Rojas».

Es corriente en Alaiz la condescendencia hacia y para con lo colectivo, sea éste raza, pueblo, grupo o clase, así como la implacable rigidez cuando de casos particulares se trata. Con ello sienta plaza de hombre libre, libre de prejuicios y de falsa educación. El juicio grotesco que los católicos hacen culpando generaciones enteras por un delito primitivo —v. g.: el pecado original— no ha hecho carne en Alaiz, cosa no tan general como a primera vista parecería.

No ha faltado quien ha presentado a Felipe como un irreverente, rayano con la injusticia, vis a vis de la mujer, sin embargo, ¡cuán gran honor rinde a la mujer cuando de Isabel habla! «Gustaba Quinet de tratar a Isabel con galante respeto, grato a las madres jóvenes.» Toda mujer está comprendida en tan delicada frase, la mujer y la juventud, la mater y su criatura.

La juventud ha sido preocupación constante. Sobre ello llenaríamos cuartillas y cuartillas sin cesar, señalando lo entrañable que le fue. Dice en otro lugar: «Eres la juventud que descubre llagas y que las colecciona y cataloga para olvidarlas luego, olvidando también el mal propio y recurriendo a la terapéutica libresca de desastre hecha por unos cuantos apesadumbrados por males ajenos como si no los tuvieran propios...» «Eres indeciso porque tu voluntad está enlutada...» «Caballero andante que supones continencia en los humildes», como otros llaman ligereza a la liviandad. «... dudas sin método, viajas sin rumbo, lees sin orden, acabas dando vueltas rodeado de círculos concéntricos y vertiginosos o quietos, esperas desfacer entuertos y tienes pocas camisas. Inquieto sin inquietudes activas. Eres lo que muchos jóvenes y muchos viejos: intrigante. «No estás satisfecho sin plantear problemas transcendentales y regeneradores, intrincados, pero con la particularidad de que una mujer los barre de tu mundo interior cuando ella quiere o cuando no quiere.»

Fácil será comprender el gracejo de Alaiz si tenemos en cuenta, como ya dijimos, que se inspira en el humor y las maneras de Arniches para el

análisis de los hombres y de los hechos. Ha analizado como el que más a éste y a muchos otros de más reciente existencia como es Jardier Poncela, o anteriores como lo fue Quevedo. Inspirándose en estos y en la realidad de cada día dice de los jesuitas que se componen de tres cosas: poder, política y... buen plato. Como sus rivales los agustinos. Ved la caricatura que hace del padre Coloma. Con cierto dolor recuerda Alaiz un corto periodo en el que él era rival de Victoria Kent, ésta por querer ser carcelera y aquél por dejarse hacer prisionero. «Conocemos bien a Victoria Kent los que estuvimos presos bajo su contundente patrocinio, cuando los guardias de asalto entraban en la cárcel a apalearnos.» Claro que Alaiz no dice haber visto a esta mujer pegar, estaba en mano, a ningún preso. Los rescatados de Dachau tampoco dicen haber visto a Pío XII conduciendo un perro policía ni dar gas en ningún crematorio de los campos de la muerte. Ya se sabe: es el poder que mata, no el hombre. La responsabilidad que éste contrae será por su servilismo solamente disfrazado del lema: el que manda manda, aunque mande mal. No queremos decir que el servilismo se enseñoree solamente siendo funcionario del Estado, tampoco que sea privativo de mentes inculatas, ¿cuántos hay que gozando de etiqueta intelectual, desde la primera a la última de sus letras escritas rezuma solamente espíritu adulador, servil?

No hay adulación en la literatura proletaria ni en la socialista. La encuentra en algunos aduladores empedernidos que suelen llamarse socialistas o proletarios, los primeros buscando líderes y confundiendo con ellos, los segundos adulando al pueblo hasta en su más grosera expresión. Prescindiendo del calificativo niega valor alguno a los que toda su teoría se reduce a: dadme mando y veréis cómo pego. Y... «nuestras espaldas saben lo qué significa semejante promesa».

Los hay que fian mucho en las leyes atribuyendo a éstas virtudes tan imposibles como la de frenar el apetito animal del que manda. Pues bien, ved lo que sobre las leyes escribe Alaiz, refiriéndose a la época más lúcida de Costa: «La ignorancia de la ley no justifica su incumplimiento según intentar razonar sin conseguirlo todos los textos oficiales de Derecho. Aceptar el principio sería entronizar pedantería de leguleyos; y, sobre todo, equivaldría al compromiso de conocer los textos legales en su totalidad, faena más complicada que aprender el griego. El imperialismo de los curiales llegaba a extremos escandalosos en la época de Costa. El jurisconsulto era un hombre incontinente y pesado que producía un diluvio de leyes contradictorias apoyado en la mayoría política;

los antagonistas producían, a su vez, leyes nuevas; el tercero en discordia producía una fronda tan copiosa de jurisprudencia contenciosa que nadie podía entenderse. Sumando los preceptos legislativos, los administrativos y los ejecutivos, calculaba Costa que se produce una norma cada doce minutos.»

Esto de hacer leyes también forma parte de los que predicán la libertad para encajonarla mejor entre montañas de códigos. Es lo que en otro lugar califica de «libertad abstracta», que nadie necesita, frente a la concreta, que todo el mundo quiere... y que muy pocos toman.

En el punto de mira de un pueblo se comprende el grado de su civilización. El pueblo, o sea, los círculos de todo pelaje, dice Alaiz admiraban Linares Rivas y les era indiferente Arniches. Este, sin embargo, les ofrecía «saludable encontronazo con la realidad», aquél un escapulario de «teorías mauristas». No hace falta conocer más cosas para comprender el ambiente y la mentalidad de los contertulios. ¿Se ha evolucionado en este sentido? En general, no. Más bien empeorado. Si uno observa las lecturas predilectas de la actual generación se da cuenta cómo ésta se embelesa en el escándalo. Si el diario no comenta un acontecimiento sensacional la tristeza aparece en la faz, si una reunión se lleva a cabo sin bullicio, dicen que ha carecido de importancia. Es el siglo del ruido y del sensacionalismo como jamás se había visto. No hace excepción Alaiz de la literatura social. Esta, dice, «es en España una literatura de bodegón, muy inclinada a la majeza y por contraste a la preferencia por el martirio y el lagrimeo. Yo he visto asustados y encogidos a unos hombres valientes oyendo disparos apocalípticos de un orador pedanté».

Enamorado de Arniches, exceptúa a éste de la literatura citada. El pilar más fuerte de la de Arniches es el pícaro.

Desde luego, con sus pícaros, hoy Arniches estaría, por ejemplo, en Londres, cobijo clásico de emigrados de talento o por lo menos de inconformistas.

Es atrevido Alaiz hasta el extremo de que, por ejemplo, en «Fuenteovejuna», tan loado por los inconformistas y rebeldes, él ve más parte de servilismo que de aleccionadora rebeldía. Para estar frente al comendador, la población se hizo servil de la realeza. Aspecto que habrá de retenerse y analizar con detenimiento. A Fray Luis de León «tan delicado y horaciano» le recuerda que «calumniaba a los pobres en la perfecta casada, de manera muy poco delicada».

Su pasión por los libros, no por la educación libresca, se comprende cuando dice: «Ante lo que un libro sugiere, ordena o concierta, despierta,

desconcierta o destruye, ¿cómo permanecer indiferente?»

Formación libresca no, pero para Alaiz un libro forma parte de la naturaleza, cual una montaña, un río, un valle, una fuente o todas estas cosas reunidas. Sostenía una conversación de cuatro horas para contestarte a una pregunta que inocentemente podías haber hecho, por ejemplo, sobre la biblioteca de Filosofía y Letras de Madrid. De haber sido capitalista por vocación, es decir, de haber tenido vocación usurera y explotadora, Alaiz hubiese sido un magnate del comercio y de la bolsa. Pero Alaiz era un hombre y prefería escudriñar en el alma, en el corazón y en la mente humana, sobre todo de lo español. Dice del ingenio español: «Es chocarrero y servicial. No tiene costumbre de ahorrar adjetivos en antésalas, epitafios, dedicatorias y manifiestos que nadie lee (esto lo escribió mucho antes de 1936). Se gasta también en hablar de las repúblicas latinas, pobres tórtolas heridas al final de cada banquete. Se gasta también en matar moros (era la época de guerras en África) y en matar el tiempo». Esto de matar el tiempo es una especie de compás de espera, espera del bostezo o de la distracción, de la risa o de la ocasión de reír. Es algo así como un exilio de la moral. ¿Acaso el tiempo de exilio no es, generalmente hablando, un tiempo «matado»?

Si se me permite cierta tolerancia, diremos incluso que es también «tiempo romántico» el del exilio. Tiempo que sirve para maldecir y gemir y... «dejar de ser romántico cuando asciende a alférez» que equivale a decir: dejar de ser exiliado cuando... la ocasión de ascenso se presenta.

Atroz historia de España, atroz historia humana. Inconsecuente, tortuosa. Atroz destino del individuo que no ha logrado pasar el cabo de la animalidad trivial y primitiva.

M. C.

(Continuará.)



Nada he adivinado en este mundo, todo lo he
tenido que aprender.

GUEHENNO

VERSIONES

por DENIS

Los tres amigos

ERANSE tres amigos muy amigos, ejemplarmente amigos. Siempre lo habían compartido todo. Hasta lo que les faltaba, que rara vez se comparte, y que es lo único que tiene valor cuando se comparte. Si damos lo que nos sobra, no damos nada, aunque demos mucho. Sólo cuando damos lo que no tenemos damos algo realmente estimable. Ninguno de los tres amigos había saciado jamás su hambre, y ninguno se iba a dormir jamás antes de saber que los otros dos habían cenado. No se daban, entre sí, la mitad de lo que poseían, como otros que pasan por generosos, sino todo lo que poseían. A la boda de uno de ellos esperada por los otros dos como un acontecimiento, los otros dos no pudieron asistir. El novio llevaba la camisa de uno, su única camisa, y los zapatos del otro, sus únicos zapatos. Sólo así pudo vestirse convenientemente para un día tan señalado.

Mil veces habían hecho cosas parecidas. Sacrificar la propia alegría a la de los otros era en ellos habitual. Dar una sorpresa agradable a sus dos amigos: no había para cada uno placer más alto. Sus penas, que eran muchas, eran así más llevaderas. Sus angustias, que eran constantes, menos agobiadoras. Sus miserias, de las que nunca podían salir, más soportables.

Vivían en una aldea rodeada de montañas. Cercanas al Norte y al Sur, más lejanas al Este y al Oeste: una cuna. Consuelo de no haber tenido otra niñez. Crecieron, sin ella, y ya eran hombres robustos, que se daban al trabajo de la tierra con delicia, aunque el trabajo de la tierra no los nutría. Ningún trabajo nutre. Sólo disponen de lo necesario, y aun de lo superfluo, los que no trabajan.

Aquel año, la miseria permanente de los tres amigos se agudizó. La cosecha había sido mala. Faltaban los productos de que, aunque parcamente solían alimentarse. Eran los tiempos en que las grandes miserias del pueblo obedecían a la escasez de las cosas. Habían de llegar en otros en que, para mayor vergüenza del hombre, obedecieran a su abundancia.

Cada uno de los tres amigos se desvivía por acudir en ayuda de los otros. Con lo poco de que podía disponer. Con nada, a veces, sino con el calor de su amistad, que reanimaba como un vino generoso.

Una noche, un viejo muy viejo llegó a la aldea. Era uno de esos viejos que aparecen por las aldeas y que no se sabe quiénes son, ni de dónde vienen, ni a dónde van. Contó mil historias en la casa en que fue acogido, con esa fruición que sólo los viejos muy viejos ponen en los relatos. Todos los habitantes de la aldea fueron a escuchar al viejo que tantas cosas contaba. Era como un teatro. No, ex-

cusadme: nada semejante a un teatro. No hay teatro en el mundo comparable a una reunión de aldeanos escuchando las historias que un viejo cuenta.

Había contado el viejo, con burlas, vidas de reyes y de guerreros. ¡Si hubiérais visto quiénes eran, en su boca, Felipe II y Napoleón! Había contado, sonriendo, vidas de habitantes de las ciudades, corriendo siempre no sabía tras qué. Había contado, con lástima, vidas de ociosos y de trabajadores. Con dos géneros de lástima. Con una lástima despectiva, las de los ociosos, con una lástima empapada de emoción, las de los trabajadores. Había contado en tonos que tenían gusto de miel, vidas de hombres que saborean los caminos como si fueran frutas: era su propia vida.

Por último, como un profeta, anunció para una comarca vecina grandes desgracias. Había oro en sus montañas. El lo había descubierto, pero no había dicho nada a nadie, y ya se arrepentía de decirlo aquí. No tardarían en descubrirlo otros hombres, menos prudentes que él. En la comarca, que era pobre, empezaría una vida agitada. Se cometerían crímenes horrendos. Y luego, tras haberse enriquecido algunas personas, que ni siquiera conocerían la montaña, la comarca sería tan pobre como ahora, y mucho más desgraciada que ahora. Porque habría conocido una vida sin sentido, ruidosa, escandalosa.

Uno de los tres amigos, al que la miseria que padecían le era penosa, penosa hasta la agonía, preguntó al viejo en qué montaña había descubierto el oro. El viejo se negó a informarle. Quería que fuesen otros los que tuvieran sobre la conciencia el peso del descubrimiento. «Ya he cometido una falta —añadió— con hablar de eso. ¡Perdonádmela! No quiero ser responsable de la desgracia de nadie».

El de los tres amigos que había interrogado al viejo, habló, cuando se retiraban a sus casas, una vez que el viejo hubo terminado sus relatos, con los otros dos.

—Debemos partir en busca del oro— les dijo.

No tuvo que vencer muchas resistencias. Era tan miserable su vida, que decidieron partir al día siguiente, en cuanto amaneciera.

Partieron, al día siguiente, en cuanto amaneció, llenos de esperanza. Les sonreía, les sonreía la esperanza. Vivirían, cuando volvieran, descubiertos ya el oro, vida mejor. Descansarían del duro trabajo que no les alimentaba. Podrían comprarse, al fin, un traje cada uno, y dormir sosegados, sin la inquietud del mañana inseguro, siempre inseguro. Los dos que aun no se habían casado, podrían casarse, fundar un hogar, que no sería triste, como el del que ya estaba casado. En el

hogar de éste, ahora tan miserable, entraría también, con el oro, el contento.

Pronto llegaron a la comarca indicada por el viejo. Pero había en ella muchas montañas. ¿En cuál estaría el oro? Las recorrerían todas. No volverían a la aldea sin haber hallado lo que juzgaban la fortuna.

Habían partido llevando consigo cuanto poseían: unas pocas monedas. No había que pensar en gastarlas sino en caso extremo. Vivirían de lo que encontraran en el campo.

Escalaron una montaña, y otra, y otra: nada, siempre nada. Ni rastro del oro. Pero la esperanza seguía sonriéndoles. Tanto, que no sentían el hambre, ni la fatiga.

Dormían bajo los árboles, y muchos días no habían con qué alimentarse. Uno de estos días, que el hambre hizo largo, largo y sombrío, les sorprendió, al oscurecer, una tormenta. No encontraron dónde refugiarse. El más viejo, pasada la torrencial lluvia, se sintió enfermo. Tenía frío, mucho frío, frío hasta los huesos. Los otros dos se desnudaron para abrigarle. Y desnudos pasaron pasaron la noche.

Por fin, un día luminoso, luminoso, cuando ya la sonrisa de la esperanza apenas podía reanimarles, vieron refulgir el oro, a unos diez pasos de ellos. Estaba en el recodo de un barranco. Sin duda lo habían arrastrado y depositado allí las aguas invernales. Imposible descubrirlo antes, e impo-

sible descubrirlo sino por azar. Estaba a diez pasos. ¡Qué trabajo les costó dar aquellos diez pasos!

Ya están los tres amigos junto al oro, que es abundante, y, por primera vez, sus miradas no son miradas de amigos. Se miran de través, en silencio, alegres, alegres, pero sin alegría, con el corazón encogido.

El más joven parte, con las monedas que poseían, a comprar víveres al pueblo más cercano. Y vino. Celebrarán, con un banquete, el hallazgo del oro.

Cuando ya el joven ha partido, el más viejo de los tres amigos dice al otro:

—¡Si no volviera!

El otro asiente, sin palabras.

Vuelve el joven, con los víveres y el vino. Los otros dos comen y beben. El no quiere comer ni beber. Lo ha hecho ya en el pueblo, dice. Era tanta su hambre, que no ha podido esperar.

Asiste a la comida de sus amigos con aquella misma alegría sin alegría que antes han sentido los tres. Uno de sus amigos, el más viejo, el que había deseado que no volviera, con la acquiescencia del otro, concedida en una mirada, se lanza sobre él y le clava hasta el puño, en el pecho, el cuchillo con que cortaba el pan.

Sin sorpresa, en su agonía, el joven dice:

—Si lo habeis hecho por el oro, es inútil. El vino estaba envenenado.

Todo está dicho ya, pero las cosas, cada vez que
son sinceras, son nuevas.

J. MARTI

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

ME hice, determinado por la pobreza de los instrumentos, un método de trabajo. En un cuaderno empecé un léxico. Escribí primero todas las palabras latinas encontradas en Llamond, luego las de mi libro parroquia, que la traducción me permitía comprender sin esfuerzo. Después leí veinte veces el *Pro Archia*. Cada una de estas lecturas me ofrecía, con una inteligencia más aproximada del conjunto, algunas palabras para enriquecer mi vocabulario. Pude enfin, después de haberme traducido todo el discurso en un francés un poco titubeante, declamar el texto ciceroniano. Pero ensayé en vano de penetrar en las *Bucólicas*, en las *Geórgicas* y en la *Eneida* (9). aún no comprendía demasiadas palabras.

Cada enriquecimiento de mi léxico me levantaba con una gloria múltiple. ¿Mi orgullo el más vivo no era acaso el más secreto, el más profundamente hundido en mi corazón y en mi silencio? Me felicitaba de mi doble hurto. Me hinchaba cuando pronunciaba interiormente: « Para instruirme soy capaz de un crimen ». ¿Es que no decía siempre: « De todos los crímenes...? » Me daba, muy módico, un orgullo heroico.

No se crea que mis días me pertenecían o eran del latín. Mi padre cuya vista estaba fatigada, me llevaba a la estación para verificarle las direcciones de las cartas y de los paquetes; mi madre me solicitaba algunos trabajos domésticos, me hacía hacer encargos o ir a buscar agua al pozo lejano. Una cabra servía de nodriza al pequeño León, nacido durante mi permanencia en el convento; yo era quien guardaba la cabra. Criábamos conejos a los cuales traía cada día una gran bolsa de hojas y de hierbas. Aislaba a las madres con sus pequeños para que no comiesen ciertas hojas que tienen, verdadera o falsa, la reputación de disminuir la leche. Para alimentarla únicamente con hinojo y otras plantas aromáticas, aislaba también a la primera víctima destinada a nuestra mesa. Pero, mientras guardaba la cabra, estudiaba; recogiendo hierba, recitaba declinaciones, conjugaciones, reglas gramaticales, tiradas ciceronianas; o bien intentaba traducir al latín los infantilismos de mis diálogos interiores.

Cada jueves, para pulir mi vocación, pasaba la tarde en Berre con el buen hermano Neopoldo. De allí traía uno o dos volúmenes prestados. Por supuesto, libros de edificación, pues no se podían escoger otros. Mi preferencia se inclinaba hacia los compendios de sermones. Me agradaba decla-

mar las bellas frases oratorias. Y el texto dado al principio en latín y en francés enriquecía mi léxico con algún vocablo feliz.

Mi doble pequeño robo tuvo, por cierto tiempo, una consecuencia religiosamente deplorable. No quería hacer una confesión sacrilega escondiendo mi más grueso, mi más glorioso pecado. Además, me sentía orgulloso por saber guardar un secreto. Sabiendo que mi confesión habría desencadenado una conclusión terrible: « Ya lo ves, querido niño, no es el buen Dios, sino el diablo el que quiere que aprendas latín ». Y se me habría negado la absolución hasta que hubiese restituido los libros que, para mí, eran toda mi vida. Aprendí entonces, con una malicia feliz, la necesidad de mentir cuando se está oprimido por los católicos. Decía en mi casa que hacía mis confesiones con Berre, pero el hermano Neopoldo suponía que me confesaba regularmente en mi parroquia.

Como se aproximaba Pascuas, el pecado por el cual me sentía orgulloso de verlo tan enorme disminuyó ante mis ojos, volviéndose una falta de más en más minúscula y por cierto venal. Me confesé, en efecto, ante el vicario de Berre. Confesión general para ahogar en todo mi pasado las faltas recientes. Me acusaba, sin precisar la época, de haber cometido pequeños hurtos. El confesor creyó en algún merodeo en el cual había comido, en el campo del vecino, manzanas verdes o almendrucos. Me comparó, sonriendo sin duda, al pequeño Aurelio Agustín, me dijo qué horror el gran santo sentía más tarde por esta falta, ligera en su materia, pero espantosa por su malicia. Como penitencia, me envió al hermano Neopoldo para que me prestara las *Confesiones*, de San Agustín. Luego canté más de una vez durante mi lectura, el conocido canto: « La penitencia es dulce ».

Uno más joven que yo y de familia aún más pobre, un muchacho del pueblo fue, gracias a la protección del cura, enviado al Pequeño Seminario. Veo ahora su cara redonda, más roja que rosada y tan ingenua, e iba a escribir: tan inocente; pero no llego a recordar su nombre. Su padre y su madre eran piamonteses y lo llamaré, si no os parece mal, Luigi (10). Lo que sentí, al conocer la asombrosa noticia, no fue envidia, sino indignación ante la injusticia.

— Tú bien sabes, mamá, cuán tonto es...

— No tan tonto. Seguro, no vale Jacques, pero tiene su pequeño mérito.

— Entonces, mamá, yo no digo: ¿Por qué lo han elegido a él? Digo: ¿Y por qué no me han elegido a mí también? Pues, por muy modesta que

9. — Obras de Virgilio (71-19 A. C.), poeta latino nacido en Mantua. — Trad.

10. — Luigi (Luis), en italiano, en el original. — Trad.

quieras ser para tu hijo, no dejarás de reconocer que soy superior a él en voluntad de saber y en facilidad para aprender... Mamá, mamá, voy a contarte un gran secreto : sé latín, sin maestro y casi sin libros.

¿Quiso librarse de mi o burlarse?

— Va pues — dijo — a defender ante el cura tu causa en latín.

No me lo hice repetir. Con mi vocabulario insuficiente, que hacía la composición difícil y torpe el discurso, escribí y aprendí de memoria una especie de súplica. Corrí a decírsela a mi juez, quien riendo creyó entorpecerme vergonzosamente :

— *Quis tibi fecit hanc orationem ?*

— *Ego, egomet, nemo nisi ego (11).*

El diálogo continuó. Todo lo que mi lector de breviario decía con su latín elemental, yo lo comprendía, y por mediocre que fuese mi vocabulario, era bastante para una respuesta ingenua y apasionada. El cura se cansó del juego el primero y habló en francés :

— ¡Pequeño hipócrita! Decir que te negabas a decir la misa, con el pretexto de que no comprendías este latín fácil...

— No lo comprendía aún. Luego lo aprendí.

— ¿Con quién?

— Solo.

Me trató de mentiroso. Aunque ninguno de sus libros parroquiales no eran por cierto capaces de enseñarme lo poco que sabía, se imaginó que tenía Dios sabe qué maestro misterioso.

Yo me obstinaba, asaltando su hostilidad, yendo a decirle cada día un pequeño discurso en latín, escrito y aprendido la víspera. A pesar de mi indignidad de palabras, me apliqué coquetamente a embrollar varios términos y construcciones. Pero, ya el cura sólo me respondía en francés. El, que siempre me había tuteado, se afectó tratándome de usted. Y, después de cuatro o cinco pruebas, decidió :

— Os prohibo, Jacques, de hablarme en latín. Es una estratagema que os ha inspirado el demonio del orgullo para permitir os tutear a vuestro cura.

Levanté yo mis brazos despavoridos. Luego hice notar :

— El demonio de la injusticia es el más ingenioso de todos : inventa acusar al perro que se quiere ahogar como que tiene rabia.

— Usted quiere ser sacerdote — concluyó el amable cura —, y ni siquiera es usted católico. Usted me habla como a un igual y el catolicismo, se lo ha dicho magníficamente, es una gran escuela de respeto.

Un día se libró de mis tenaces importunidades, remitiéndome al Superior del Pequeño Seminario

11. — ¿Quién te ha fabricado este discurso?

— Yo, yo mismo, nadie más que yo.

H. R.

de Aix con una carta preparada de antemano. Y, volviendo al tuteo dijo :

— A ver si tienes suerte, pequeño... Eres tan desconfiado que, contrariamente a toda conveniencia, te entrego la carta abierta.

Decía en substancia que tenía buenas razones para creerse poseedor de una vocación religiosa y que en los pequeños hermanos de María, el maestro de los novicios esperaba mi retorno. Pero, inspirado por Dios o por el demonio, yo me creía llamado al sacerdocio. Solo, según yo pretendía y, en todo caso, sin que se hubiera tenido éxito en descubrirme un maestro, había aprendido algo de latín y Dios o el demonio me hacían ver en esto un signo decisivo. Y se remitía en este caso tan difícil a las luces superiores del Señor Superior, juez tan penetrante de las inteligencias y de las conciencias.

— No es muy animador — notó mi madre — ese modo de decir siempre : Dios o el demonio...

Pero yo afirmaba que se trata de una manera eclesiástica el no querer dejar pesar indiscretamente todo en la decisión del Superior.

Y fuimos mi madre y yo al Pequeño Seminario.

El Señor Superior tenía, en una cabeza tan altiva como la de mi cura, una sonrisa aún más desdenosa y más fatua. Pero sus gestos y sus actitudes poseían la flexibilidad de la humildad cristiana o de la gracia cortesana.

Con cabeceos tal vez amables o quizás maliciosos, leyó la epístola que le llevaba. Y luego dijo :

— Mi querido niño, podríamos, me parece, conversar en latín. Pero por respeto a su señora madre, hablaremos en francés. Para darme cuenta de hasta donde ha llegado vuestra ciencia autodidacta, sólo os pediré la traducción de algunos versos de Virgilio.

¿Había yo enrojecido o estaba pálido?

Un sudor frío corría por el hueco de mi espalda y confesé :

— Señor Superior, la prueba es demasiado fuerte para mí. No he llegado nada más que a comprender la prosa.

— ¿Y por qué cree usted que son los versos más difíciles que la prosa?... Pero, ya que esto os place, limitémonos a la prosa.

Se encaminó hacia una gran biblioteca, tomó un libro, lo abrió en una página marcada con un signo y, mostrándome el comienzo de la línea dijo :

— Lea bajo y despacio todo el texto y tome todo el tiempo que le sea necesario antes de traducir al francés.

El hombre orgulloso me lanzaba fieramente en medio de los *Anales*, de Tácito. Pronto me di cuenta de que me hundía en el seno de espesas tinieblas.

HAN RYNER

(Continuará)

POETAS DE AYER Y DE HOY

España aguardo

¡Ay! Dijo y, sonrojada,
se tiró al suelo, desnuda...
Desnuda y desvirginizada

Las cosas que hablan en la altura declinante
son cosas que se palpan
con el ombligo,
con la yema de los dedos de estas entrañas.

España está empañada
como el vaso de vino que bebió un loco anonadado
porque no tenía palabras.

El cielo es raro, es caro, es un avaro
que se da, con cielo y todo,
a aquél que va y lo mide con su vara.

Y luego, que hagan ademanes pretenciosos
los que dentro componen
algunas pretensiones desdentadas.

Cortadle la lengua a ese paisaje
que estrangularon los secuaces
de una oscuridad desmantelada

Secadle las lágrimas
al rostro que aplastaron torvamente,
— ¡horrisimo grito : ¡viva! —
los falangistas, en las esquinas manirrota
de todas nuestras barriadas.

Y si el fénix de lo ignoto
eructa su muerte de algún modo,
preguntadle a lo incógnito
por el beso ensangrentado de esa pobre cortesana...

♦♦

Yo aguardo.
Tú lloras.
Ella nos aguarda.
Si, inexorablemente, como un puente
que se tiende a lo remoto;
como un paso que se da tras la distancia;

como una luna prendida
en la rendija de las barracas.

¡Oh, paisaje mortecino!
Turbio paisaje de claridades extrañas.
Corredor lleno de sombras
con trapos que espantan.

Si vuelves a por tí, mira luego
qué queda en el hueco de tu pisada.
Calla si es silencio ensangrentado.
Si es sangre sin palabras, calla.

El sueño ya no oculta su pretensión nefanda.
Porque hay gestas que endurecen
la morbidez de la carne lacerada.
La tarde se inclinó en tu presagio cautivo
con olvido de manta.

Si ese viento, si esa ilusión,
si ese ramalazo de cosa desahuciada
pretende echar borrón, la cuenta nueva será
la cuenta que tienen los arcángeles por alas.
Todos estamos al dedillo de lo que un paso anó-
[nimo
dejó estampado en las caderas de España.

Yo quiero aprisa.
Tú despacio aguardas;
pero siempre muda su fuerza lo que la fuerza muda.
empero, como una muestra de verdad trasnochada.

En su espectral movimiento
el hermetismo de aquel trueno
adquirió resonancia.

Y el alquimista inefable,
rico de dones y gracias,
oía tu voz soñadora, de nostálgica chicharra,
preguntando por el talle delicado
de una muerta delicada :
¡de mi España!

Abarrátegui

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

« C E N I T » OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

1. Las alegrías del destierro, Malato	4,00 frs.
2. El alma de los lirios, V. Vila	6,00 »
3. La alegría de vivir, E. Zola	2,50 »
4. La amargura de la Patagonia, R. Darío	7,50 »
5. Las amistades de Mirón, E. Regis	4,50 »
6. Amor e ironía, Yutang	7,00 »
7. El amor y la amistad, Antología	6,00 »
8. Adela y Matilde, C.D.R.S.	2,00 »
9. El amor y el señor Lewisham, Wells	3,00 »
10. Los ángeles negros, Mauriac	5,00 »
11. Año tras año, A. López	15,00 »
12. Aurora espléndida, J. London	3,50 »
13. Las bases físicas de la personalidad, Mottban.	3,00 »
14. La bestia estelar, A. Clarke	2,00 »
15. Búsqueda en la noche, A. Esteve	3,00 »
16. La campana de Nagasaki, Takashi	3,00 »
17. Carne y espíritu, Meersch	5,00 »
18. La carreta, Traven	5,00 »
19. Carta sobre existencialismo, J. Salas	4,00 »
20. Cartas de prisión, E. Toller	4,00 »
21. Celos, Zweig	5,00 »
22. Teatro, Cervantes	5,00 »
23. El cielo y tú, R. Field	4,50 »
24. Ciencia y conciencia, Le Dantec	6,00 »
25. Ciencia y filosofía, Antología	6,00 »

15 % de descuento a los que hagan mención del número
de CENIT que publica el libro solicitado.

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)